

**LA GÉNESIS PSÍQUICA DE LA CONCIENCIA MORAL Y SU PAPEL
EN LA TEORÍA DE LA CULTURA FREUDIANA.**

LAURA MARGARITA GOMEZCACERES VALDEZ

Monografía de grado para optar al título de

Filósofa

Asesor

Ph. D. HAROLD VALENCIA LÓPEZ

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
CARTAGENA DE INDIAS**

2012

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
1. FORMACION DE LA CONCIENCIA MORAL	7
1.1. VISION GENERAL DE LAS TEORÍAS SOBRE LA PSIQUE HUMANA DE FREUD: INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA Y SEGUNDA TÓPICA	7
1.2. EL MODO DE SER ORIGINARIO DE LA PSIQUE	12
1.3. EL QUEBRANTAMIENTO DE LA “TRANQUILIDAD PSIQUICA”	14
1.4. LA IDENTIFICACIÓN Y EL COMPLEJO DE EDIPO	16
1.5. LA RESOLUCIÓN DEL COMPLEJO DE EDIPO COMO GÉNESIS DEL SUPER-YO	19
2. EL PAPEL DE LA CONCIENCIA MORAL EN LA TEORÍA DE LA CULTURA DE FREUD	27
2.1. ¿QUÉ ENTIENDE SIGMUND FREUD POR CULTURA?	27
2.2. DE LA HORDA PRIMITIVA A LA CIVILIZACIÓN	29
2.3. BAJO EL DOMINIO DE LOS INSTINTOS	32
2.3.1. Instintos sexuales e instintos de conservación	32
2.3.2. Eros: el instinto de vida.....	33
2.3.3. El mayor obstáculo con el que se enfrenta la cultura: Instinto de muerte -	36
2.4. EL SUPER-YO: MECANISMO DE CONTENCIÓN EN LA CULTURA	40
CONCLUSIONES	47
BIBLIOGRAFÍA	51

INTRODUCCIÓN

En medio de las teorías que han intentado arrojar luces sobre la conciencia moral aparece la teoría freudiana ofreciendo nuevos aportes a la temática, pero esta vez a partir de un enfoque distinto al tradicional, esto es, el psicoanalítico. La problemática sobre la conciencia moral había sido abordada a partir de un análisis sustancial de la misma, esto sugiere que el estudio pretendía indagar sobre su esencia o fundamento para determinar qué le era intrínseco y cuál vendría a ser su justificación. Pero Freud por su parte no se trazó tal propósito; el propósito de su investigación fue encontrar el *origen* y la *función* de la conciencia moral. Es necesario marcar el límite entre estas dos pretensiones que son claramente distintas, pues en lo que al psicoanálisis se refiere lo que se entiende por primario u originario no apunta a lo que fundamenta, en este caso a la conciencia moral, sino más bien a los fenómenos que preceden en el orden para su formación.

Esclarecido lo anterior, se pretende en este trabajo realizar un recorrido por este aspecto del psicoanálisis freudiano y rastrear en su gran investigación sobre la psique humana cuáles son los elementos, las etapas por las que se desenvuelve el psiquismo humano que conllevan a determinar el momento en el que la conciencia moral tiene su génesis. Ya realizado el anterior objetivo, nos adentraremos en la teoría freudiana de la cultura para establecer cuál es el papel de la conciencia moral dentro de la misma y en qué radica exactamente que goce de gran importancia para el progreso cultural. Procederemos entonces inicialmente con un análisis psíquico para luego pasar a un análisis social que, como veremos, van de la mano.

Quizá sea importante realizar una precisión con respecto a lo que se entenderá aquí por conciencia moral. En el apartado VIII de su ensayo *El malestar en la cultura* Freud ilustra la significación de algunos conceptos que ha aplicado a lo largo de su exposición. Entre estos define dos que son de suprema importancia para nuestros fines; el de *super-yo* y el de *conciencia moral*. El *super-yo*, como veremos más adelante, viene a ser para Freud una instancia psíquica inferida por nosotros y la conciencia moral una de sus funciones, la cual se encarga de vigilar los actos e intenciones del *yo* para proceder a dar un “juicio de valor” sobre los mismos y censurarlos si así lo prefiere. Ambos términos son empleados por Freud indistintamente en muchas oportunidades y en este trabajo serán empleados del

mismo modo, de allí que el título de este escrito bien pudo ser “La génesis del *super-yo* y su papel dentro de la teoría de la cultura freudiana” sin que ello afectara el orden o los resultados que aquí nos destinamos obtener. No obstante, Freud puntualiza en que mientras no se demuestre la existencia de un *super-yo* no es correcto hablar de conciencia moral¹.

Iniciamos el primer capítulo contextualizando brevemente el marco en el que se desarrollan las teorías freudianas sobre la psique humana. Realizaremos un recorrido por la primera tópica sobre el funcionamiento del aparato psíquico humano compuesta por tres instancias a saber: *consciente*, *preconsciente* e *inconsciente*. Luego de la exposición de cada una de ellas procederemos con el análisis más detallado de las instancias que conforman la segunda teoría sobre el funcionamiento del aparato psíquico, las cuales nos permitirán observar cómo y cuándo se forma la conciencia moral en el proceso de edificación de la personalidad del sujeto.

Analizaremos cuál y cómo es el modo de ser originario de la psique cuya característica principal es el predominio del principio de placer. Alternaremos el análisis exponiendo la reflexión que hace sobre esta idea Cornelius Castoriadis, uno de los grandes pensadores seguidores de las ideas psicoanalíticas de Sigmund Freud, cuyo pensamiento ilumina y complementa aún más los postulados planteados por el padre del psicoanálisis. Seguidamente, continuamos con el análisis del *yo* y el principio de realidad que conllevan al quebrantamiento de ese modo de ser originario en el que se halla inmerso el sujeto obligatoriamente en algún momento. En este punto veremos cómo la psique, en el momento en que se ve afectada por la presencia del otro, empieza a hacer una diferenciación entre lo interno y lo externo.

Hecho lo anterior, expondremos qué entiende Freud por identificación. Esta definición nos permitirá entrar al punto clave de nuestro primer capítulo y a lo que se considera una de las nociones medulares en el psicoanálisis freudiano, este es, el complejo de Edipo. Resolveremos en este punto en qué consiste tal complejo, cómo se desarrolla, cómo llega a

¹ Obsérvense las definiciones y aclaraciones hechas por Freud con respecto a esta idea en: En: S. Freud. **Obras completas de Sigmund Freud Tomo III**. Madrid, Biblioteca Nueva. 1996. Pág. 3061-3062.

su disolución y cómo de su disolución se genera el *super-yo*, la conciencia moral. Asimismo, nos ocuparemos de otro complejo que juega un papel importante en la teoría de Freud, el de castración. Veremos cuál es su relación con el complejo de Edipo y el modo diferente en el que actúa en el personaje infantil de sexo femenino. Todos estos puntos marcan el proceso por el que pasa la psique del sujeto para llegar al punto de formación de la conciencia moral.

Luego de exponer la génesis de la conciencia moral, nos proponemos indagar en el segundo capítulo cuál es el papel que juega la misma dentro de la teoría de la cultura freudiana. Para lograr este objetivo, explicaremos qué es cultura para Freud y cómo es imposible a su juicio que ésta obtenga su génesis sin haberse generado en el hombre previamente un proceso que implique una mutabilidad o renuncia de sus instintos. Pero ¿Por qué la cultura exige esta renuncia? ¿Qué pretende con ello? ¿Le resulta fácil al hombre llevar a cabo tal cometido? ¿Qué tiene que ver el *super-yo* con todo esto?

Para dar respuesta a lo anterior expondremos brevemente la reconstrucción freudiana de la prehistoria del individuo en la horda primitiva original. Esto nos ayudará a comprender de dónde procede el carácter dominante y represivo de la cultura. En este punto, usamos como apoyo el análisis que Herbert Marcuse hace sobre el tema en su libro *Eros y civilización*. Seguidamente nos adentraremos en un punto clave del segundo capítulo: la teoría de los instintos. Centramos nuestra atención principalmente en la segunda de las dos teorías que Freud lanzó sobre el asunto, en la cual los instintos son divididos en dos clases; los de vida (*Eros*) y los de muerte (*Tánatos*). Mostraremos por qué este último es el mayor obstáculo con el que la cultura se enfrenta a la hora de alcanzar sus objetivos que son principalmente regular las relaciones entre los hombres y expandir los vínculos fraternales entre los mismos. Y finalmente, veremos de qué mecanismo se vale la cultura para hacer frente a ese obstáculo. Aquí es donde saldrá a la luz la gran importancia que tiene para la cultura esa instancia psíquica especial que nos ocupa.

Por último, una vez establecido el papel de la conciencia moral en la cultura, expondremos la razón del malestar, del descontento que el sujeto siente hacia la misma, pues el precio a pagar por el progreso de aquella es la pérdida de la felicidad del individuo, felicidad que es calificada por Freud como egoísta.

La propuesta psicoanalítica de Freud goza de gran reconocimiento debido al trastocamiento que ocasionó en el pensamiento filosófico de la modernidad. La forma novedosa en la que el autor concibió el comportamiento psíquico humano revolucionó por completo el paradigma establecido sobre la conciencia e hizo un freno a la pretensión moderna de universalizar la razón. Recordemos que con Descartes la modernidad no sólo inició el proyecto ilustrado en el que se pretendía hacer de la razón la reguladora de todos los ámbitos de la vida, sino que también erigió una nueva concepción de la subjetividad en la que el *yo* quedaba completamente reducido a lo que Descartes llamó *res cogitans* (substancia pensante), de tal modo que para esta concepción no era posible la existencia de un *yo* no consciente. La destrucción que Freud hace de ese *yo* imperante con la inmersión del inconsciente rompe con la visión tan restringida que se tenía sobre el psiquismo humano y cambia por completo el modo en el que de allí en adelante se empezaban a explicar los diversos fenómenos que suceden en la vida anímica del hombre, los cuales en su mayoría se ocultan bajo esa instancia psíquica consciente que revela sólo una pequeña parte de estos.

A nuestro juicio, el análisis que realizaremos sobre ciertos aspectos del psicoanálisis freudiano permite ver la riqueza filosófica que poseen los significados de algunos conceptos que han ayudado en la tarea de comprender un poco la compleja naturaleza psíquica humana. Además, el estudio freudiano sobre el psiquismo humano (como veremos), en especial de la segunda tópica y el análisis del *super-yo*, no simplemente arroja nuevos aportes sobre la vida anímica del hombre, sino que también permite explicar muchos aspectos relacionados con el comportamiento del mismo en la sociedad, el desarrollo de la cultura y la validez de sus diversos preceptos. De tal modo, la importancia de la investigación psicoanalítica no sólo abarca el ámbito filosófico, sino también el cultural.

1. FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA MORAL.

“El super-yo es para nosotros la representación de todas las restricciones morales, el abogado de toda aspiración a un perfeccionamiento”².

Sigmund Freud.

1.1. VISIÓN GENERAL DE LAS TEORÍAS SOBRE LA PSIQUE HUMANA DE FREUD: INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA Y SEGUNDA TÓPICA.

Al igual que con el pensamiento copernicano -descubridor de que la Tierra no es el centro del universo sino un ínfimo astro más entre los innumerables que forman el cosmos- así como con los postulados de Charles Darwin -en los que se sostiene que el hombre no es una creación especial e inigualable sino una especie producto de la evolución de los demás seres vivientes- con el psicoanálisis emergente del pensamiento de Sigmund Freud la humanidad recibió otro golpe a su ego: se demostró que el *yo* racional no posee un dominio absoluto y verdadero sobre la psique humana, sino que no refleja más que una simple impresión o apariencia que oculta lo que en realidad es más grande que él y lo hace mover, *el inconsciente*. Recordemos que en la modernidad con el pensamiento cartesiano nace la idea de instaurar razón³, se pensaba que existía un *yo* racional identificado con lo consciente y que éste abarcaba la totalidad de lo psíquico. Con la elaboración de su primera tópica (conocida como el modelo topográfico) o teoría de la psique (vida anímica) humana Freud introduce su gran descubrimiento a saber, el inconsciente, con lo que logra derribar la idea de un *yo* imperante. Con la creación de su segunda tópica (conocida como el modelo

² S. Freud: “**Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis: Lección XXXI: La disección de la personalidad psíquica**”. En: FREUD. *Op. cit.* Pág. 3138.

³ “Desde el siglo XVII, exactamente desde Descartes, se pensaba que lo único importante y digno de estudio era la conciencia o la razón. Dentro de ella se englobaban los pensamientos, las ideas, las percepciones, los sentimientos, etc. Freud puso en tela de juicio esta hipótesis. Argumentó que si bien el ser humano tiene conciencia, en verdad muchos de sus actos, ideas o deseos están fuera de ella, esto es, son inconscientes. Además, y esto es importante, es el inconsciente el que determina nuestra conducta”. J. R. Casafont. **El lector de Sigmund Freud**. Barcelona, Océano. 2001. Pág. 112.

estructural) expone toda una teoría sobre la personalidad humana, logrando con ello pasar de un psicoanálisis terapéutico cuyas bases eran de carácter biológico y científico a un psicoanálisis de carácter antropológico y filosófico.

El psicoanálisis, en cuanto a terapia clínica, pretendía controlar los cuadros patológicos que presentaban personas con perturbaciones neuróticas. Freud formuló su primera tópica sobre el funcionamiento del aparato psíquico a partir de los estudios que llevó a cabo sobre la histeria junto con el doctor José Breuer, quien trataba a una paciente (el famoso caso de Anna O. cuyo nombre verdadero fue Bertha Pappenheim) que al ser sometida a sesiones de hipnotismo les hizo ver que las causas de sus síntomas histéricos no se albergaban en alguna parte física determinada, sino que se hallaban ocultas en un contenido psíquico del cual no era consciente. Es así como Freud da inicio a sus estudios sobre la hipnosis, la asociación libre, los actos fallidos y causales, los sueños, entre muchos más que le llevaron a hacerse una representación del funcionamiento del aparato anímico o psíquico humano en su totalidad, compuesto en su primera tópica por tres instancias a saber: *consciente*, *preconsciente* e *inconsciente*. Es menester aclarar que Freud utiliza la noción de tópica del griego *topos* (lugar) no para dar una ubicación corporal de los procesos de consciencia en el sistema nervioso central, sino para establecer de manera estructural su teoría e ilustrar las relaciones entre las partes que componen, a su juicio, el psiquismo⁴.

Sobre la primera instancia bien señala Freud que lo *consciente* no debe ser considerado como la esencia de lo psíquico, sino como una cualidad que se suma a las otras (preconsciente e inconsciente) o que puede incluso faltar⁵. En esta instancia nos damos

⁴ Freud nos dice: “La articulación de lo inconsciente se halla enlazada con la tentativa de representarnos el aparato anímico compuesto por una serie de instancias o sistemas, de cuya relación entre si hablamos desde un punto de vista espacial, independiente en absoluto de la anatomía real del cerebro. Es éste el punto de vista que calificamos de *tópico*”. S. Freud. “**Autobiografía**”. En: S. Freud. **Obras completas de Sigmund Freud Tomo III** (Obra completa 3 volúmenes). Madrid, Biblioteca Nueva. 2001. Pág. 2776.

⁵ “Ser consciente es, en primer lugar, un término puramente descriptivo que se basa en la percepción más inmediata y segura. La experiencia nos muestra luego que un elemento psíquico (por ejemplo, una percepción) no es, por lo general, duraderamente consciente. Por el contrario, la conciencia es un estado inminentemente transitorio. Una representación consciente en un momento dado no lo es ya en el inmediatamente ulterior, aunque pueda volver a serlo bajo condiciones fácilmente dadas”. *ibíd.* Pág. 2701-2702.

cuenta de todas las experiencias que ocurren en nuestro psiquismo en el aquí y en el ahora, que conocemos y percibimos de forma completa y que somos capaces de comunicar a los demás, ya sean éstas interiores como los pensamientos, experiencias psíquicas propias, o exteriores como situaciones, objetos etc. Freud señala que “la conciencia es un estado eminentemente transitorio” y que ésta es sólo lo que se ve manifiesto inmediatamente pues detrás de ella se oculta una forma psíquica de mayor energía. Freud no se extiende en su caracterización sobre esta instancia dado que considera que es de saber común lo que se entiende por conciencia y que su interpretación no se encuentra por fuera de esa concepción.

Freud obtiene de su doctrina de la represión tanto el concepto de *inconsciente* como el de *preconsciente*. La doctrina de la represión freudiana hace referencia a aquel estado en el que se encuentran los procesos o representaciones psíquicas antes de ser conscientes. Tal estado presenta dos niveles a saber: lo reprimido totalmente que se caracteriza por ser incapaz de hacerse consciente y lo reprimido latente capaz de ser consciente. En el nivel latente Freud ubica aquellos contenidos psíquicos que no se encuentran en el estado consciente pero que pueden ser evocados con o sin esfuerzo, es a esto a lo que denominó *preconsciente*. Podríamos ilustrar la segunda instancia del aparato psíquico humano (lo preconsciente) con el siguiente ejemplo: mientras camino a casa en compañía de alguien recibo la llamada de un compañero de clases que me pregunta por el nombre del autor de aquel libro de filosofía que vimos días pasados en la librería; inmediatamente traigo a mi mente recuerdos del día, de la librería, de los libros que vimos hasta dar con el nombre del autor. Observamos con lo anterior que si bien los datos del día y del libro no se encontraban presente en ese momento de forma consciente, pudieron ser traídos a ese estado sólo con un pequeño esfuerzo. Se puede considerar al preconsciente por tanto como un área intermedia entre lo consciente y lo inconsciente.

Para concluir con las consideraciones respecto a la primera tópica sobre el aparato anímico humano iniciemos nuestras observaciones en torno a lo que se conoce como uno de los más importantes descubrimientos de Freud, *el inconsciente*. Sobre el término inconsciente⁶ el

⁶Cabe aclarar que las consideraciones sobre el concepto de inconsciente en este momento se encuentran desligadas del sentido moral en el que comúnmente se utiliza el término. De allí que no deba ser entendido

psicoanálisis ha hecho una aclaración que presentamos someramente al caracterizar a la instancia preconsciente. En *Observaciones sobre el inconsciente* Freud nos dice:

El ponente reitera la ya conocida evolución que el concepto de «inconsciente» ha tenido en el psicoanálisis. «Inconsciente» es ante todo un término meramente descriptivo, abarcando en tal caso lo que es transitoriamente latente. Sin embargo, la concepción dinámica del proceso represivo obliga a conferir al inconsciente un sentido sistemático, de modo que equivale entonces a lo reprimido⁷.

El sentido descriptivo del término hace referencia como bien señala Freud a lo preconsciente. En sentido dinámico o sistemático el inconsciente es aquello a lo que no puede tener acceso el sujeto y representa la mayor parte del psiquismo. Está formado por imágenes, deseos, instintos, recuerdos que el sujeto constriñe por causarle desagrado, pulsiones, entre otras cosas⁸. En el inconsciente se hallan las bases de la conducta humana de las que el *yo* consciente no puede percatarse.

Los estudios de Freud sobre esta instancia del aparato psíquico humano surgieron, como ya señalamos anteriormente, de sus investigaciones sobre la neurosis. En su experiencia médica se percató de que los pacientes con trastornos mentales no presentaban algún daño de tipo físico que produjera ciertos comportamientos o síntomas extraños en su conducta, por ello estudió la posibilidad de que una fuerza mucho mayor a lo consciente albergara la causa de los trastornos de los individuos, e intentó establecer una conexión entre un posible evento traumático en el pasado del paciente que por resultarle desagradable haya quedado en el olvido (y por ende se haya vuelto inconsciente) y su efecto en el presente que puede ser manifestado mediante fobias, pesadillas, actos fallidos etc. La pretensión de Freud en su labor médica era hacer consciente lo inconsciente reprimido en el sujeto delirante con

como sinónimo de sujeto irresponsable o despreocupado en cuanto a la consecución de acciones morales. La teoría psicoanalítica en este sentido pretende hablar de la realidad de los hechos inconscientes que albergan en nuestra vida anímica dejando de lado por completo parentescos morales. También se hace énfasis en que tampoco debe ser entendido como sinónimo de irracional, dado a que este último concepto se encuentra ligado al de consciencia y se actúa racional o irracionalmente sólo cuando se es consciente.

⁷ FREUD. *Op. cit.* 2001, P. 2660.

⁸CASAFONT. *Op. cit.*, p. 199.

miras a convertir el suceso actual perturbador en un recuerdo pasado, para así, superarlo y evitar lo más posible su repetición.

En nuestra vida mental se presentan todo el tiempo espacios vacíos que no pueden ser explicados desde la misma percepción consciente, de allí la necesidad de creer en la existencia de un estado no consciente donde se encuentran las causas de tales espacios y mediante el cual podemos establecer conexiones entre los elementos de nuestra vida psíquica. Queda con lo anterior limitada la posición cartesiana que identificaba de modo totalizante la vida mental del sujeto con la vida consciente; pensar que el hombre se da cuenta de absolutamente todo lo que sucede en su vida psíquica es algo que desde la inmersión freudiana de la instancia inconsciente en el sujeto queda relegado, el sujeto en su instancia consciente sólo se percata de cosas que, como ya señalamos, son transitorias.

Luego de la elaboración de su primera tópica sobre la vida psíquica humana construida, como bien señalamos, sobre cimientos de carácter biológico y científico, Freud crea su segunda tópica sobre bases antropológicas y filosóficas. Es menester dejar en claro que con la creación de esta nueva teoría Freud no pretende desplazar a la anterior, sino que más bien deber ser vista como una ampliación de aquella; ambas teorías están fuertemente ligadas.

En esta segunda tópica, Freud nos muestra cómo, a su juicio, se forma la personalidad humana a partir de tres instancias que la configuran a saber: el *ello* (id) -determinado por el principio de placer en el que se encuentran las pulsiones y en donde domina el inconsciente-, el *yo* (ego) -determinado por el principio de realidad y por la instancia consciente- y el *super-yo* (super- ego) -en el que se tiene conciencia moral-. El análisis detallado de estas tres instancias nos permitirá mostrar cómo y cuándo se forma la conciencia moral en el proceso de edificación de la personalidad del sujeto, para luego sostener que ésta es adquirida por el hombre mediante el proceso de identificación que se da a partir de su experiencia con los otros; la conciencia moral será el resultado de la renuncia instintual y la heredera del complejo de Edipo, y jugará un papel supremamente importante para el progreso de la cultura como práctica social-histórica que pretende ampliar los vínculos afectivos entre los individuos.

1.2. EL MODO DE SER ORIGINARIO DE LA PSIQUE.

El funcionamiento de nuestra psique se encuentra ajustado a un modo de ser originario que es matriz del placer y sentido del sujeto. Este primer modo de ser es denominado en términos de Freud el *ello* (del latín: *id*), el cual está integrado en su totalidad por la energía proveniente de las pasiones y es la cuna de los instintos, de allí que pueda ser considerado como un conjunto de pulsiones emocionales que tienden a obtener satisfacción de un modo imperioso. El *id* es sin reservas inconsciente y en él reina sin restricciones el principio de placer⁹, el apetito sexual, conforma lo que se conoce como el estrato animal de la personalidad humana o, como bien señala Freud, su lado oscuro. El *ello* es la base fundamental y más amplia de la estructura mental humana, lo contiene todo en si mismo, se encuentra completamente libre de los principios que conforman al individuo consciente, no conoce clase alguna de valores (no tiene moral, no sabe que es el bien y el mal) sólo lucha por la satisfacción de sus instintos.

Sobre la temática psicoanalítica cabe afirmar, sin temor a equivocarse, que la multitud de aportes que hizo Sigmund Freud pueden ser catalogados de definitivos y se encuentran aún vigentes. Lo anterior no sugiere que con la teoría freudiana se haya dado fin a esta problemática y que se encuentre totalmente agotada, puesto que en lo que al psiquismo humano se refiere el trabajo de elucidación sobre el mismo es inacabable. Entre quienes se consideraron seguidores de las ideas psicoanalíticas de Freud se encuentra Cornelius Castoriadis. Este autor funda su reflexión sobre la base de que “todo fenómeno psíquico está determinado por su sentido inconsciente” y se propone, como él mismo señala, iluminar de otro modo la concepción freudiana sobre la psique humana, mas no hacerla mejor ni reconstruirla, de esto se sigue que su teoría no entre en contradicción ni choque con los postulados de Freud, sino que más bien sea considerada como una ampliación de los mismos.

⁹Cfr. FREUD. *Op. cit.*, 2001.P. 2708.

Desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis ese modo de ser originario de la psique es conocido con el nombre de mónada psíquica¹⁰. Observemos lo que se dice al respecto en la siguiente cita de Fernando Urribarri:

Como su nombre lo indica, la mónada, se define por el encierro originario en el que vive el psiquismo, enteramente bajo el principio de placer, satisfaciéndose de modo autístico. En esta fase originaria la representación, el afecto y el deseo, existen unidos de modo indisociable. Esta contracción o insociabilidad del flujo psíquico que se modificará con el proceso de socialización define lo que cabe denominar el “sentido monádico”. [...] En este primer estado nada existe para el sujeto fuera de él. [...] Éste se vive a sí mismo como fuente de placer y como capaz de realizar este placer; se vive como satisfacción inmediata de todo deseo que pueda presentársele.¹¹

Como bien elucida lo anterior, este primer estrato de la personalidad es en su totalidad una carga de deseo impetuoso en búsqueda incesante de placer y evitación de dolor. Pensemos en un bebe que vive en el vientre materno. Se encuentra en un estado de narcisismo absoluto donde se basta por completo a sí mismo, donde todo lo que necesita se le suministra de forma automática. Con el niño recién nacido sucede lo mismo puesto que éste no se relaciona de forma inmediata con el mundo exterior, pasan meses para que pueda percibir al mundo como algo ajeno a él. “La única realidad que existe para el niño es él mismo: su cuerpo, sus sensaciones físicas de frio y de calor, de sed, de la necesidad de

¹⁰ ““El odio es más viejo que el amor”, escribía Freud, y esto es cierto si entendemos al amor en su sentido habitual, como amor de objeto. Pero el odio no es más viejo que el amor arcaico, originario, el amor de *sí mismo*, que se nombra a menudo, equivocadamente, “narcisismo primario”: la clausura representacional, afectiva y deseante sobre sí mismo del núcleo psíquico original. Llamo a este núcleo la *mónada* psíquica”. C. Castoriadis. “**Las raíces psíquicas y sociales del odio**”. En: Castoriadis, C. **El pensamiento de Cornelius Castoriadis**. Ediciones Proyecto Revolucionario, 2008. P. 162.

¹¹Fernando Urribarri. **La Psique: Imaginación e Historia. Las Ideas Psicoanalíticas de Cornelius Castoriadis**. Zona Erógena. Nº 39. 1998. P. 7.

dormir, y de contacto corporal.”¹². La libido¹³ del niño en estos primeros meses se encuentra concentrada en él, acumulada en su totalidad como puro *ello*, de allí que se sienta en un estado de omnipotencia, de egocentrismo. Dice Castoriadis: “[...] este estado *unitario* en el cual *sujeto y objeto* son idénticos, y en el que representación, afecto y deseo son una sola y misma cosa, porque el deseo es, inmediatamente, representación (posesión psíquica) de lo deseado y, por lo tanto, afecto de placer (lo que es la forma más pura y más fuerte de la omnipotencia del pensamiento). Tal es el sentido que la psique buscará para siempre, [...]”¹⁴.

Este modo de ser originario si bien va a ser afectado en el momento en que se da un reconocimiento del otro fuera de uno mismo (un darse cuenta del mundo), no va a ser superado de modo radical, sino que más bien va a sufrir modificaciones producto de las identificaciones con objetos o personas que existan dentro del medio en el que el sujeto se encuentre instaurado.

1.3. EL QUEBRANTAMIENTO DE LA “TRANQUILIDAD PSÍQUICA”.

Ese primer estado de “tranquilidad psíquica” en el que se encuentra el sujeto se ve afectado en el momento en que hay un reconocimiento del mundo fuera de sí. La realidad externa invadida de objetos y personas configura la parte de la personalidad del sujeto que Sigmund Freud denominó el *yo* (del latín: *ego*). El *yo* es aquella parte modificada del modo de ser originario de la psique, es decir, del *ello*, que empieza a diferenciar entre lo interno y lo externo, se aferra al mundo a través de los sentidos. Ese *ello* que no toleraba aplazamiento alguno entre el deseo y la satisfacción o realización del mismo, al momento de chocar con

¹² E. Fromm. **El corazón del hombre**: su potencia para el bien y para el mal. México, Fondo de cultura económica. 1966. Pág. 72.

¹³ Entendemos libido en el sentido de energía psíquica que envuelve y mantiene unido al individuo dentro sí mismo. Se refiere a fuerzas psíquicas que se hacen visibles sólo mediante sus manifestaciones que poseen cierta intensidad y dirección. Cfr. *Ibíd.* Pág. 71.

¹⁴ CASTORIADIS. *Op. Cit.* P. 162.

el mundo y reconocerse como algo distinto a él, se ve obligado a depender de otros para satisfacer sus instintos.

La percepción, razón y reflexión serán en el *yo* lo que son el placer, el instinto y las pasiones en el *ello*. Este *ego*, que es el representante del mundo externo en la psique humana, está dominado por el principio de realidad y se esfuerza por transmitir al *ello* su influencia. Intenta diferenciarse de modo tajante del *ello* pero es vano este esfuerzo en tanto que éste no es más que su superficie, es sólo la parte consciente que se ve, “la punta del iceberg” que guarda tras de sí una enorme base inconsciente que es más grande e indescifrable. Freud representa la relación entre el *yo* y el *ello* comparándola con la relación entre un jinete y su caballo: el jinete -que representa en este caso al *yo*- intenta frenar y conducir al caballo -que representa al *ello*-, pero dado que la fuerza del caballo es mucho mayor que la del jinete en ocasiones éste se debe dejar guiar por el animal; el *ello* trabaja con sus propias energías a diferencia del *yo* cuyas energías son prestadas.

Desde la exposición de Castoriadis la “tranquilidad psíquica”, esto es, la mónada, se rompe gracias a la presión biológica que trae consigo la urgencia de satisfacer las necesidades primarias, (el hambre, la sed, etc.) y gracias a la aparición del otro como un ser nuevo y distinto (la figura materna). En el momento en que ocurre el quebrantamiento de este estado se da una fragmentación de la mónada psíquica en tres partes. En una parte -la del sujeto- se conserva el amor de sí mismo, el egocentrismo imposible de eliminar y que continuará impregnado en las fases siguientes del desarrollo de la personalidad. En otra parte -la del otro- se trasfiere un poco del amor de sí mismo al pecho materno que es ahora la fuente de placer (*Ich bin die Brust*, “soy el pecho”)¹⁵ y que se convertirá en el primer objeto de amor separado. Y finalmente, en la última parte -la del objeto- se trasfiere todo el odio al mundo exterior, odio que la mónada emana a todo aquello que no es ella misma, que le impide la satisfacción de sus deseos y que se le presenta como una amenaza.

El amor hacia el pecho de la madre y el odio hacia el mundo exterior se enlazan, se entretejen de forma muy continua lo que da como resultado una ambivalencia en el sujeto de todos sus afectos: el pecho que da placer al niño al mostrarse en ciertas ocasiones

¹⁵Cfr. *Ibíd.* P. 163.

ausente genera rabia y angustia en éste, crea una falta de sentido. El niño, al tener que postergar la satisfacción de su deseo debido a la lejanía del pecho, divide el valor del objeto; ahora el pecho se presenta como bueno por un lado y como malo por el otro. Esta nueva valorización que hace el niño no es otra cosa que una relación de amor y odio hacia el mismo objeto que más tarde se trasfiere a su portador, esto es, a la figura materna. A partir de este momento se desprenden todas las relaciones de ambivalencia futuras en la vida del sujeto. Centraremos la atención en la ambivalencia que resulta del complejo de Edipo, para luego ver cómo la conciencia moral procede de él y al mismo tiempo se convierte en una *enérgica formación reactiva* en contra del mismo.

1.4. LA IDENTIFICACIÓN Y EL COMPLEJO DE EDIPO.

En lo que respecta al psicoanálisis, Freud cada vez más va pensar que la personalidad humana se construye y se diferencia mediante una serie de identificaciones. La identificación es entendida como la manifestación más temprana de un vínculo afectivo hacia una persona; el sujeto asimila un atributo de otro sujeto e inicia un proceso de transformación parcial o total sobre el modelo a seguir. Esta es la definición que expone Freud en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Por un lado, en el niño en su corta edad empieza a brotar un interés especial hacia la figura paterna¹⁶. El padre es la primera y más importante identificación del individuo, se presenta como un modelo al que el niño quiere seguir y remplazar en todo. Por otro lado, al mismo tiempo que se da esta identificación con el padre o un tiempo más tarde, el niño comienza a cargar en la madre sus instintos libidinales provenientes del *Ello*, convirtiéndola en su primer objeto de deseo sexual.

¹⁶Con referencia a esto, aclara Freud: “Esta conducta no presenta, en absoluto, una actitud pasiva o femenina con respecto al padre (o al hombre, en general), sino que es estrictamente masculina y se concilia muy bien con el complejo de Edipo, a cuya preparación contribuye”. S. Freud. **“Psicología de las masas y análisis del yo”**. En: S. Freud. **Sigmund Freud -Obras completas Tomo III-** Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996. Pág. 2585.

A juicio de Freud, estos dos sucesos que el niño experimenta difieren entre sí psicológicamente en tanto que el primero es una identificación con el padre y el segundo es un deseo libidinal evidente hacia la madre. Si bien durante un tiempo inicial ambas situaciones cohabitan sin causar estorbo la una a la otra, en el momento en que la vida psíquica del niño avanza tendiendo a una unificación, éstas terminan por acercarse tanto que se genera el complejo de Edipo¹⁷. Este complejo es una noción medular en el psicoanálisis freudiano, desempeña un papel fundamental en lo concerniente a la estructuración de la personalidad del hombre y a su orientación sexual.

El complejo de Edipo en el psicoanálisis freudiano puede exponerse brevemente de la siguiente forma:

El primer objeto de amor de todo infante es su figura materna. De ella se quiere su cuidado, su atención, su afecto, su amor; el niño¹⁸ inconscientemente inviste sexualmente a la madre

¹⁷ Creo menester recordar brevemente el mito griego clásico de Sófocles del cual Freud extrae este concepto. La tragedia que lleva por nombre Edipo Rey, narra la historia de Edipo, rey de Tebas, hijo de Layo y Yocasta, quien es abandonado para evitar el cumplimiento del anuncio profesado por el oráculo de Delfos que afirma que su destino es darle muerte a su padre y casarse con su madre. El rey de Corinto y su esposa lo adoptan y crían como un hijo legítimo pero luego Edipo se entera del anuncio del oráculo y abandona a sus padres adoptivos para evitar la sentencia pues no sabe que es adoptado. Durante su travesía se encuentra en una encrucijada con Layo, su verdadero padre, con quien tiene una calurosa discusión y a quien le da muerte sin saber que era el rey de Tebas y su progenitor. Continuando con su travesía, Edipo se encuentra con la Esfinge que era en la historia un monstruo que asesinaba a todo aquel que fuese incapaz de adivinar sus acertijos. Edipo acierta en sus respuestas ocasionando que la Esfinge se suicidara y con ello liberando al reino de Tebas del tormento. Como agradecimiento es nombrado rey y se casa con quien es su progenitora, Yocasta, de cuya unión nacen cuatro hijos. La tragedia finaliza cuando Edipo emprende las averiguaciones para dar con el asesino del rey de Tebas descubriendo que fue él y que además era su verdadero padre. Su madre al enterarse de tan horrible tragedia se suicida y Edipo horrorizado por el incesto y el parricidio cometido se saca los ojos para no ver su pecado, termina así vagando por toda Grecia.

¹⁸ Es menester dejar consignado que las primeras elaboraciones de estas teorías fueron construidas sobre el modelo del niño. En muchas oportunidades Freud afirmó que el complejo de Edipo aparece en el desarrollo tanto del niño como de la niña pero ello no sugiere que la evolución del mismo sea igual para ambos sexos. Muchos psicoanalistas han puesto en sala de debate la situación edípica de la niña intentando darle una especificidad. El médico psiquiatra Carl Gustav Jung expuso como contrapartida al Edipo masculino lo que denominó el complejo de Electra. Según este autor, así como el niño siente una atracción hacia su madre, la niña siente un enamoramiento por su padre y hostilidad hacia la madre. Jung lo denominó de esa forma basándose, al igual que Freud, en una tragedia griega (la famosa historia de Electra, hija de Agamenón, rey de Micena, que venga con la ayuda de su hermano Oreste la muerte de su padre asesinado a manos de su esposa Clitemnestra y su amante Egisto). Para Freud, el planteamiento de Jung omite detalles importantes

considerándola como su propiedad exclusiva, deseándola de una manera ampliamente sexual. Sin embargo, ante él se presenta un enemigo, la figura paterna. El niño advierte que su padre le está robando el objeto de su amor, nota que éste se convierte en un obstáculo que le cierra el camino hacia la madre. Lo anterior ocasiona que la identificación inicial que se tenía hacia el padre se vuelva ambivalente en tanto que por una parte adquiere un tono hostil (en cuanto surge el deseo de suprimirlo puesto que se presenta como una amenaza para el infante, el niño tiene celos de quien es el dueño del amor de la madre), pero por otra se continúa aspirando a ser como el progenitor para obtener el amor de la progenitora. El complejo de Edipo no es otra cosa que un tipo de enamoramiento de carácter incestuoso. Según Freud, todos los seres humanos nacemos con la obligatoria tarea de dominar el complejo de Edipo.

Esta fase del desarrollo psicosexual del menor que abarca aproximadamente de los tres a los cinco primeros años de vida y hace parte de lo que se conoce como etapa fálica, es decir, pre-genital, tiene sus inicios en la tan cercana relación que tiene éste con su madre. Ella es quien le brinda los infinitos cuidados a los que éste responde de forma amorosa; la primera fijación erótica del menor va dirigida al pecho (fase oral) que le suministra la satisfacción del apetito, luego esa fijación se extiende a toda ella como objeto sexual (ahora no se desea solamente el pecho de la madre sino que toda ella se convierte en fuente de placer y deseo).

La presentación del complejo de Edipo arriba expuesta es conocida como su forma simple positiva, su formulación, que es fiel a la de la tragedia griega, podría ser resumida como “el deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto y el deseo de erradicar al rival del mismo sexo”. En la forma negativa del mismo la formulación se da a la inversa, esto es, “celos y hostilidad hacia el progenitor del sexo opuesto y amor hacia el del mismo sexo”. Freud señala que la forma positiva del complejo es sólo la presentación más simple de éste, puesto que existe una variedad de casos en los que ambas formas (tanto la positiva como la negativa) coexisten. En el niño no se da simplemente un amor hacia la madre y un odio

como la inclinación amorosa que la niña siente por su progenitora y la importancia que, como veremos más adelante, presenta el pene en este proceso tanto como para el varoncito como para la pequeña, de allí que no acepte la exposición presentada por Jung del Edipo femenino.

hacia el padre, sino que también hay episodios en los que éste saca a flote una actitud femenina y tierna hacia el padre, y hacia la madre una cierta reacción hostil. No se pretende hacer un análisis detallado de las muchas etapas y variaciones que presenta el complejo puesto que la cantidad de anotaciones con respecto a ello gozan de gran extensión y complejidad, sólo se pretende anotar ciertas características básicas del mismo que permitan llevarnos a nuestros fines.

1.5. LA RESOLUCIÓN DEL COMPLEJO DE EDIPO COMO GÉNESIS DEL *SUPER- YO.*

El complejo de Edipo que se designa como el fenómeno central de uno de los primeros periodos sexuales del niño, la etapa fálica¹⁹, tiene su disolución gracias a la represión - ocasionada por algunos acontecimientos tales como la amenaza de castración y la prohibición al incesto- que abre paso a la etapa de latencia. Freud en su ensayo que lleva por título *La disolución del complejo de Edipo* (1924) expone de forma muy breve dos hipótesis acerca de las causas que provocan el final del nombrado complejo; una, de carácter filogenético²⁰, la otra, en la que nos centraremos, ontogenética²¹. El autor deja en claro que ambas hipótesis son justificadas y que, además, entre las mismas hay una

¹⁹En el proceso de desarrollo del niño como individuo Freud distinguió ciertas etapas o estadios que tituló como "psicosexuales" dado que la sexualidad, a juicio del autor, juega un papel de suprema importancia en dicho proceso. La primera es la etapa oral, va desde el nacimiento hasta los 18 meses aproximadamente, aquí la libido se dirige hacia la boca como foco de placer, el niño quiere chupar, succionar. Luego sigue la etapa anal que se comprende entre los dos o tres primeros años, aquí el foco de placer es el ano, el goce del infante consiste en retener y expulsar las heces. La tercera es la etapa fálica que va desde los tres a los cinco o seis años de edad, ésta es fundamental para el desarrollo del psiquismo puesto que aquí surge el complejo de Edipo, la libido se dirige hacia los genitales. De los cinco a los doce años se da la etapa de latencia, aquí el niño reprime sus sentimientos edípicos (gracias a la génesis del superyó), se puede decir que se encuentra calmados sexualmente y dedicados a otro tipo de tareas tales como el aprendizaje. Por último, se llega a la etapa genital que inicia con la pubertad y en la adolescencia se da un resurgimiento del interés sexual genital, aquí se aprende a mantener relaciones satisfactorias con las demás personas.

²⁰ Del termino **filogenia**, sugiere el origen y el desarrollo evolutivo de las especies, del género y en general de las estirpes de seres vivos.

²¹ Del termino **ontogenia**, sugiere el desarrollo del individuo desde su infancia hasta su vida en sociedad.

conciliación evidente en tanto que dentro de la tesis filogenética hay espacio suficiente para la ontogenética.

La hipótesis filogenética de la disolución del complejo afirma que éste es un fenómeno que se encuentra determinado por la herencia y deberá desvanecerse conforme a una trayectoria determinada al iniciarse la siguiente fase de desarrollo sexual del pequeño. Desde esta posición, los motivos ocasionales que producen su finalización son indiferentes e incluso puede que no se pueda dar con ellos. Para Freud, “el complejo de Edipo tiene que desaparecer porque llega el momento de su disolución, como los dientes de leche se caen cuando comienzan a formarse los definitivos”.

Desde el punto de vista ontogenético, el fin del complejo de Edipo, según lo expuesto por Freud, parece darse como resultado de una imposibilidad interna originada gracias a pequeñas decepciones que el niño va sufriendo en su relación con los padres. La llegada de un nuevo miembro a la familia (un(a) hermanito(a)) al que los padres dedican más tiempo y los fuertes regaños son pequeños ejemplos de decepciones comunes en los infantes que terminan por acabar con la esperanza que vive en ellos a que se les satisfaga sus inclinaciones amorosas.

Pero el evento que acaba con el enamoramiento sexual, para el caso del sujeto infantil masculino, es el miedo a la pérdida de lo que en la etapa fálica le genera mayor placer, esto es, el pene. Recordemos que en esta fase del desarrollo sexual la libido se concentra de modo especial en los genitales; el niño se interesa en su pene, lo toca con frecuencia puesto que ello le genera gran placer. El pene se convierte en la parte más estimada de su cuerpo. No obstante, el menor observa que dicha conducta no es de mayor agrado para los mayores, quienes le regañan constantemente por su frecuente manipulación y en especial por mojar la cama de noche (enuresis). En un primer momento las amenazas por parte de los mayores de privarle de aquello que le brinda tanto placer le resultan al menor bastante inciertas, pero luego, el pequeño descubre algo que le va a ser cambiar el parecer y que acaba con su incredulidad con respecto a la castración, esto es, los genitales femeninos.

Cuando al pequeño varoncito se le presenta la oportunidad de conocer los genitales de una niña se percata de la falta de pene de ésta y se convence de que se le fue arrebatado,

mutilado (supone que debido a la frecuente manipulación que ella hacía del miembro), puesto que estaba completamente convencido de que todo el mundo era igual a él y por lo tanto todos poseían la tan estimada parte. Este descubrimiento es el que despierta el verdadero miedo; el niño entra con esta amenaza en un conflicto de intereses, en el que tiene que elegir entre la carga libidinosa que siente hacia su madre y el interés narcisista por su pene. Entre satisfacerse con su madre y perder su miembro el *yo* del niño termina reprimiendo la *posibilidad de satisfacción*²² de su deseo sexual por la madre y apartándose por fin del complejo de Edipo. La decisión del infante también se debe al miedo a la pérdida del amor de sus padres, pues ello significaría perder el amor de quienes depende por completo, perder su protección frente a los innumerables peligros pero, sobre todo, se expone al riesgo de que su padre, quien es más poderoso que él, le demuestre su superioridad mediante el castigo, mediante la castración. Así, nos dice Freud, “este proceso ha salvado, por una parte, los genitales, apartando de ellos la amenaza de castración; pero, por otra, los ha paralizado, despojándolos de su función. Con él empieza el periodo de latencia que interrumpe la evolución sexual del niño”.²³

Pero ¿Qué resulta de esa represión a la que el niño es sometido que sepulta las cargas sexuales naturales en él? Lo anterior que ocasionó que las tendencias libidinosas del infante quedaran abandonadas, desexualizadas, reprimidas, no simplemente originó que el *yo* del niño se alejara del complejo de Edipo, sino que formó en él una instancia especial psíquica denominada *super-yo* (*super-ego*) o *ideal del Yo* que surge como una formación reactiva en contra del mismo.

Sobre esta instancia psíquica Freud nos dice:

Pero el *super-yo* no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del *ello*, sino también una enérgica formación reactiva contra las

²² Creo menester hacer énfasis en este punto para dejar claro que lo que queda reprimido en el infante a la hora de disolverse la etapa edípica es la posibilidad de satisfacerse sexualmente con la madre mas no el deseo por ella como tal. La prohibición al incesto no tiene alcances para evitar que el niño siga deseando a su madre, sólo logra que el menor deseché la posibilidad de que se pueda consumir una relación amorosa. El pequeño temiendo a la pérdida de su pene se somete con miedo y rencor a los mandatos de su padre y desiste a concretar su deseo moroso pero de esto no se sigue que se dé una supresión del deseo mismo.

²³ FREUD. Op. cit.,1996. Pág. 2750.

mismas. Su relación con el *Yo* no se limita a la advertencia: «Así –como el padre- debes ser», sino que comprende también la prohibición: «Así –como el padre- no debes ser: no debes hacer todo lo que hace, pues hay algo que le está exclusivamente reservado.» Esta doble faz del *ideal del yo* depende de su anterior participación en la represión del complejo de Edipo, e incluso debe su génesis a tal represión.²⁴

El *super-yo*, bien nos dice Freud, es el heredero del complejo de Edipo en el doble sentido de proceder de él y de reprimirlo. Esta instancia asume la función de conciencia moral, en ella predomina el carácter coercitivo y punitivo que gana fuerzas dependiendo de la intensidad en la que se dé el complejo y su represión. Mientras más fuerte se presenten algunos parámetros como la autoridad, la educación o la religión, la conciencia moral gozará de mayor severidad.

El niño teme a sus padres a quienes ve como seres superiores y luego interioriza en sí mismo todo sus preceptos, prohibiciones, enseñanzas, formándose en su interior un *super-yo*, una conciencia moral que le juzga desde dentro y le somete a reprimir ciertas conductas. Las primeras conductas que se interiorizan en el niño como prohibiciones que son el incesto (el amor hacia su madre) y el parricidio (por querer suprimir al padre que se le presenta como obstáculo) se dan precisamente en la resolución del complejo de Edipo, de allí que la primera forma de conciencia moral en el menor se presente como heredera de tan importante complejo. Es, así, esta la primera situación que podemos denominar como el punto de partida o despliegue de la conciencia moral. Posteriormente, a lo largo del desarrollo de la vida del niño, siguen muchas más situaciones que la formarán en su totalidad.

Hasta este punto del desarrollo de la temática hemos visto en que consiste el complejo de Edipo, cómo se llega a su disolución y cómo de ésta se genera la conciencia moral propia del *super-yo*, pero todo ello ha sido realizado específicamente sobre el sujeto infantil masculino, de allí que surja la pregunta por el personaje infantil femenino en el que también hay un desarrollo del complejo de Edipo y una génesis del *super-yo* pero ¿Cuál

²⁴Ibíd. Pág. 2713.

sería el proceso en la niña? ¿Sigue ésta la misma trayectoria de desarrollo que el niño? ¿Qué papel juega la castración en la niña? Si en el complejo de Edipo para ambos casos (el del niño y el de la niña) la madre es el objeto de amor original y luego en el Edipo femenino se da un abandono de este primer objeto para adoptar otro que resulta siendo el padre ¿Cómo se da ese cambio de objeto? Como el mismo Freud señala en su ensayo *La disolución del complejo de Edipo*, para el caso de la niña la investigación se vuelve algo más oscura e insuficiente.

En 1925 Freud publica su ensayo titulado *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*²⁵ en el que da ciertas especificaciones del proceso correspondiente al caso de la niña que dan respuesta a los anteriores interrogantes, dejando en claro, por supuesto, que dichas afirmaciones requieren de una urgente verificación que posibilite otorgar valor de significancia o insignificancia a su investigación. La tesis sostenida por Freud afirma que las divergencias que se dan en ese periodo entre el desarrollo sexual del niño y el de la niña son consecuencias de la diferencia anatómica de los genitales que existe entre ambos sexos y de la situación psíquica que de esto se genera.

Bien explicamos anteriormente la situación del pequeño al conocer los genitales femeninos y el terrible choque emocional que surge ante el miedo a la pérdida del pene, cuya realidad posible queda evidenciada con tal observación. La reacción de la niña ante el descubrimiento de los genitales masculinos es muy diferente; la pequeña ve el pene de su hermano o amiguito y se percata de que es de grandes proporciones en relación con lo que ella posee. Observa algo mucho más llamativo, conspicuo y superior que hace ver a su órgano propio pequeño e inferior. Sólo necesita de pocos minutos para adoptar un juicio y saber que ha visto el miembro, que no lo posee puesto que no es similar al de ella y que indudablemente quiere tenerlo, cae aquí en lo que se conoce como la envidia del pene o fálica.

²⁵El título original de este ensayo leído por Ana Freud en el Congreso Psicoanalítico de Hamburgo el 3 de septiembre del 1925 es en alemán *Einige Psychische Folgen des Anatomischen Geschlechtsunterschieds*. **Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica**. En: S. Freud. Sigmund Freud -Obras completas Tomo III- Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996. Pág. 2896.

La niña, en un primer lapso de tiempo, se rehúsa a aceptar el hecho de que esta castrada, alberga en sí la esperanza de poder tener alguna vez un pene y ser por tanto igual que el hombre. Esto se conoce como complejo de masculinidad de la mujer. Si éste se prolonga y acentúa por un tiempo fuera de lo normal puede bloquear el desarrollo de la feminidad y hacer que la mujer se conduzca como si fuese un hombre. Las consecuencias psíquicas que se desprenden de la envidia fálica son, como afirma Freud, muy diversas y trascendentes. Por ejemplo, cuando la mujer acepta su falta de pene y la imposibilidad de poseerlo se desarrolla en ella un sentimiento de inferioridad que le hace compartir la idea de los hombres de que es un sexo defectuoso en un punto de suprema importancia. Otra consecuencia, que da respuesta a uno de nuestros interrogantes, es que la envidia fálica conlleva al desprendimiento de la vinculación afectuosa con la madre; la niña tiende a atribuir la culpa de la falta de pene a su madre pues fue ella quien la trajo al mundo dotada defectuosamente. Luego, reemplaza su deseo de tener un pene por el deseo de tener un niño - para ella el pene equivale al niño- y por esta razón toma a su padre como su nuevo objeto amoroso sintiendo celos y hostilidad hacia su madre completando con ello su situación edípica.

Lo anterior nos permite concluir que entre ambos sexos hay un claro contraste entre los complejos de castración y de Edipo. En el niño, el Edipo llega a su fin gracias al complejo de castración, en la niña sucede lo contrario; el complejo de Edipo surge gracias al complejo de castración, es, como anota Freud, una formación secundaria: lo preceden y lo preparan las repercusiones del complejo de castración. Del mismo modo, la situación psíquica es diferente en ambos sexos; para el niño, hay una amenaza de castración, para la niña hay una castración ya realizada.

Surge ahora la pregunta por la génesis del *super-yo*: si en el caso normal, de la disolución del complejo de Edipo se constituye el núcleo del *Super-yo* ¿Cómo se constituye en el caso de la niña? ¿Cómo se disuelve el Edipo femenino sino es gracias al miedo a la castración? Aquí la investigación se vuelve mucho más oscura y queda inconclusa, puesto que en la niña no existe un motivo como en el caso del varón para que se dé la disolución del Edipo y sin este motivo darle una ubicación al momento en que se da la génesis del *super-yo* resulta una tarea poco fácil. Freud escribe:

En la niña falta todo motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo. La castración ya ha ejercido antes su efecto, que consistió precisamente en precipitar a la niña en la situación del complejo de Edipo. Así, éste escapa al destino que le es deparado en el varón; puede ser abandonado lentamente o liquidado por medio de la represión, o sus efectos pueden persistir muy lejos en la vida psíquica normal de la mujer. Aunque vacilo en expresarla, se me impone la noción de que el nivel de lo ético normal es distinto en la mujer que en el hombre. El *super-yo* nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en el hombre.²⁶

Vemos entonces que dada la particularidad del Edipo femenino la formación del *super-yo* en la niña resulta siendo un misterio. Freud afirma que la disolución de la situación edípica en la niña se da lentamente mientras ésta se da cuenta de que su deseo de tener un hijo de su padre (lo que equivale a tener un pene) no llegará a cumplirse jamás. Pero la anterior hipótesis freudiana no arroja mayores luces sobre la génesis de la conciencia moral en la menor, de ello que confiese al final de su ensayo *La disolución del complejo de Edipo* que su conocimiento de los procesos evolutivos de la niña es hartamente incompleto e insatisfactorio.

La sucesión temporal y la forma en la que se van encadenando los procesos anteriormente descritos que se dan en la vida psíquica y conllevan a la génesis de la conciencia moral -que van desde el encierro originario de la psique, seguido por la irrupción de la realidad, la etapa fálica y el complejo de Edipo, la amenaza de castración, la disolución del complejo, hasta la formación del *Super-yo* y la entrada en la etapa de latencia- son de gran relevancia para el desarrollo general del individuo, sobre todo en lo concerniente a la formación de su personalidad y sexualidad. No obstante, es menester dejar en claro que este no es el único tipo de proceso que explica la génesis de la conciencia moral, las variantes en esta investigación son muchas y merecen ser discutidas con el mismo rigor con el que se ha discutido la investigación freudiana.

²⁶ Véase: FREUD. **Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica**. Op. cit., 1996. Pág. 2902.

En esta primera parte, queda así expuesto el proceso psíquico de formación de la conciencia moral. El papel del *super-yo*, como veremos en el siguiente capítulo, se corresponde con la función social de prohibición o con los ideales que la cultura exhibe, de modo tal que esta instancia intrapsíquica -de acuerdo con la teoría de la cultura freudiana- trabajará mutuamente con la institución social. También veremos cómo la cultura se vale de la represión y de la conciencia moral para garantizar su progreso y cómo ello trae repercusiones en el hombre quien terminará por sentir hostilidad hacia la misma. Pasamos con esto de un análisis psíquico a un análisis social que indiscutiblemente van de la mano.

2. EL PAPEL DE LA CONCIENCIA MORAL EN LA TEORÍA DE LA CULTURA DE FREUD.

“¡Cuán poderoso obstáculo cultural debe ser la agresividad si su rechazo puede hacernos tan infelices como su realización!”²⁷

Sigmund Freud.

2.1. ¿QUÉ ENTIENDE SIGMUND FREUD POR CULTURA?

A partir de las lecturas realizadas de las tesis freudianas sobre el hombre y su desarrollo psíquico se puede aseverar, sin temor a equivocarse, que éste se halla inmerso en dos dimensiones discrepantes que están determinadas por principios y procesos mentales opuestos. Tenemos por un lado una primera dimensión (a la que podemos llamar biológica u originaria) en la que el individuo se encuentra regido por el principio de placer y por procesos mentales inconscientes. El ser humano es aquí un conjunto de impulsos animales que luchan en contra de cualquier clase de dolor y a favor de la satisfacción más inmediata del placer. Por el otro lado tenemos una segunda dimensión (no originaria) en la que el individuo se rige por el principio de realidad y por procesos mentales conscientes. El hombre aprende aquí a postergar el placer momentáneo y llega a convertirse en un “ego organizado” que desarrolla facultades como la atención, el juicio y la memoria.

La sustitución de la primera dimensión por la segunda es el suceso que da inicio a la civilización²⁸, es decir; el hombre se convierte en ser humano (civilizado) mediante un cambio fundamental de su naturaleza instintiva, o como afirma Herbert Marcuse en su libro *Eros y civilización*, por medio de un cambio en el sistema de valores: se pasa del principio de placer donde impera la satisfacción inmediata, la receptividad y la ausencia de represión a el principio de realidad donde la satisfacción es retardada y el placer es restringido pero seguro.

²⁷Véase: FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3066.

²⁸Los términos “civilización” y “cultura” serán utilizados indistintamente.

La definición designada por Freud para el término «cultura» es “la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirve a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí”²⁹. No se concibe desde Freud la idea de que la cultura pueda tener su génesis sin haberse generado previamente una renuncia instintual en el hombre, bien sea ésta por sublimación³⁰ o represión, o bien por cualquier otro proceso que igualmente implique una mutabilidad de los instintos. Dicha renuncia instintual se le impone al hombre como tarea no grata ni fácil; la cultura obliga al individuo a desechar sus pulsiones naturales más innatas, pulsiones que hacen parte de su ser biológico y que hacen del goce lo más anhelado. Pero ¿Por qué la cultura exige tan difícil renuncia? Por la razón, que desarrollaremos ampliamente más adelante, de que en el hombre predominan ante todo dos grandes pulsiones: las eróticas (Eros) que permiten la unión entre individuos y las agresivas (Tánatos) que son la causa más grande de la desunión y destrucción entre los hombres. Es, por lo tanto, con miras a garantizar buenas relaciones, a hacer del hombre un ser de orden³¹ y a evitar la explosión del caos natural que existe dentro de él que la cultura demanda tal represión, represión que será del mismo modo la causa de la hostilidad y del resentimiento que los hombres sienten hacia la misma.

²⁹FREUD. Op. cit., Pág. 3033.

³⁰Entre los muchos procesos descritos por Freud en su teoría psicoanalítica que implican renuncia instintual encontramos los de represión y sublimación. La represión consiste en impedir el acceso a la conciencia de los impulsos instintivos (no aceptables socialmente dado su carácter de peligrosidad) mediante la fuerza emocional del Super-yo. El impulso queda sin embargo viviendo en el inconsciente. En *Psicoanálisis y teoría de la libido* (1922-1923) define Freud la sublimación como aquel proceso en el cual “son sustituidos por otros el objeto y el fin, de manera que el instinto originalmente sexual encuentra su satisfacción en una función no sexual ya y más elevada desde el punto de vista social o ético” Lo anterior sugiere que a la base de la sublimación no habría represión sino más bien una nueva orientación del fin. Véase: FREUD. **Psicoanálisis y teoría de la libido**. Op. cit., 1996. Pág. 2675.

³¹Entre los rasgos característicos de la cultura Freud destaca el orden. “El orden es una especie de impulso de repetición que establece de una vez para todas cuándo, dónde y cómo debe efectuarse determinado acto, de modo que en toda situación correspondiente nos ahorraremos las dudas e indecisiones. El orden, cuyo beneficio es innegable, permite al hombre el máximo aprovechamiento de espacio y tiempo, economizando simultáneamente sus energías psíquicas”. Así mismo, destaca la limpieza: “[...] en lo que a la limpieza se refiere, tendremos en cuenta que también es prescrita por la higiene, vinculación que probablemente no fue ignorada por el hombre aun antes de que llegara a la prevención científica de las enfermedades”. Véase: FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3035.

Ha quedado expuesta con anterioridad la ontogénesis de la represión que se le impone al hombre al hacer nuestro recorrido por el desarrollo de su estructura mental (*ello, yo y super-yo*) hasta llegar a la crisis edípica que ocurre en la primera infancia y en donde se origina la primera represión (el amor sexual hacia la madre). Ahora, es momento de rastrear en la prehistoria de la humanidad, la filogénesis de la represión y del sometimiento propio de la cultura. Haremos pues un recorrido por la reconstrucción que Freud hace (en su libro *Tótem y Tabú* de 1913) de la prehistoria del individuo en la horda primitiva original, apoyándonos en el análisis realizado por Marcuse en su libro *Eros y civilización*.

2.2. DE LA HORDA PRIMITIVA A LA CIVILIZACIÓN.

La civilización y su progreso están determinados, según Freud, por la *herencia arcaica*. Pero ¿Qué sugiere esto? Sugiere que las experiencias que el individuo ha vivido desde su infancia contienen también las experiencias de generaciones anteriores; consiste en la inclinación natural del hombre a emprender determinadas direcciones de desarrollo y a reaccionar frente a ciertas situaciones del mismo modo en el que han reaccionado sus antecesores más primitivos. Las vivencias pasadas de la especie definen las vivencias presentes de la humanidad. La represión y la dominación propias de la actual cultura son el recuerdo de las acciones y los impulsos prehistóricos que se han conservado durante siglos. La idea de la supervivencia de la herencia arcaica se mantiene en pie en la reconstrucción hecha por Freud de la historia de la humanidad desde la horda primitiva hasta la civilización. Tal idea ha sido, como nos recuerda Marcuse, una de las más fuertemente criticadas y rechazadas debido a las dificultades que se presentan a la hora de su verificación científica y antropológica. A pesar de ello, el valor simbólico de la misma es indiscutible y proyecta la dialéctica histórica de la dominación que muestra aspectos de la civilización hasta entonces no explicados.

Nos cuenta Freud en su famosa reconstrucción histórica que la dominación y la represión fueron en una época primitiva del género las organizadoras de la vida. En la horda primitiva, el padre logró dominar a los demás monopolizando lo que era el depósito más grande de placer, esto es, la mujer. El jefe de la horda reservaba a las mujeres para si

mismo y hacía que sus hijos y demás miembros acataran sus mandatos. Los hijos y los otros miembros de la horda primitiva llevaban la carga de todas las demás actividades que debían ser realizadas. Ello, ocasionó la exclusión del placer e hizo que éstos canalizaran su energía instintual en cierto tipo de trabajos libres de placer pero realmente necesarios. “La contención en la gratificación de las necesidades instintivas impuesta por el padre, la supresión del placer, no sólo fue así el resultado de la dominación, sino que también creó las precondiciones mentales para el funcionamiento continuo de la dominación”³².

El padre déspota, mediante la contención por la fuerza del placer y la abstinencia obligada, estableció la dominación por intereses propios y dado el éxito que obtuvo sin premeditarlo creó un orden en la horda sin el cual la disolución de la misma se hubiese dado inevitablemente. Así, el despotismo patriarcal fue el método más efectivo para garantizar la disciplina y para remplazar la dominación del principio de placer por el de realidad. Sin embargo, el lugar privilegiado que tenía el jefe de la horda sobre las mujeres generó, consecuentemente, el odio de los miembros, en especial de los hijos, quienes finalmente terminaron rebelándose contra el padre y asesinándolo colectivamente no sólo por sus intolerables restricciones sino también porque cuando sólo un individuo es quien impone prohibiciones estas no resultan de gran peso para impedir el incesto ni para terminar con el deseo hacia la madre. Pero, el asesinato del líder no sólo acaba con él, sino que también amenaza con destruir el orden que ya se había preservado (así haya sido mediante el miedo) y con restaurar la fuerza del principio de placer, restauración que ocasionaría vertiginosamente un caos. Por tanto, el crimen del patriarca se convierte en un crimen contra la totalidad de la horda primitiva.

El clan de los hermanos, nos cuenta Freud, después del asesinato entra en disputas continuas entre sí por obtener la sucesión que todos anhelaban individualmente. Pero, al percatarse de lo peligroso que podían resultar los enfrentamientos y comprender que todos apuntaban hacia el mismo objetivo, este es, una satisfacción duradera de sus necesidades, llegaron a un acuerdo. Únicamente pueden conseguir el objetivo repitiendo el orden de dominación que logró controlar el placer y la organización de la horda con la diferencia que

³²H. Marcuse. **Eros y civilización**. Madrid. Sarpe. 1983. Pág. 70.

esta vez todos los miembros, inclusive los gobernantes, deben autoimponerse la represión que cubrirá sus vidas desde ese momento. “[...] así, llegó a existir la primera forma de organización social acompañada de una renuncia a la gratificación instintiva; del reconocimiento de obligaciones mutuas; de instituciones declaradas sagradas, que no podían ser rotas [...]”³³. El patriarca déspota, aunque asesinado, terminó finalmente triunfante al imponer el principio de realidad sobre el de placer; los hijos y su revuelta rompieron con la dominación y con ello con el orden por un breve periodo de tiempo, pero terminaron finalmente acogiendo al padre en si mismos.

Esta es una clara imagen de cómo el dominio y la represión han sido los causantes durante generaciones del progreso en la civilización. La función del padre de la horda se transporta paulatinamente a los hijos hasta llegar a la sociedad. La situación de la horda primitiva resulta siendo la misma situación de las posteriores civilizaciones -el hombre renuncia a sus deseos originales y adopta nuevos deseos organizados- con la clara diferencia de que el padre que se halla en el poder ya no es asesinado y que la dominación, como escribe Marcuse, ya no es personal. No obstante, matar al padre en el poder o abstenerse de hacerlo no resulta siendo un asunto decisivo si la función del conflicto y sus consecuencias resultan siendo las mismas, su imagen y sus funciones finalmente se han perpetuado. El padre “sumerge su identidad en una autoridad regularmente constituida. La dominación ha sobrepasado la esfera de las relaciones personales y creado las instituciones indispensables para la satisfacción ordenada de las necesidades humanas en una escala cada vez más amplia”³⁴.

Termina aquí nuestro breve recorrido por la reconstrucción freudiana de la prehistoria del individuo en la horda primitiva original, el cual nos permitió ver que la represión es un fenómeno histórico impuesto no por la naturaleza sino por el mismo hombre; el carácter represivo y dominante impuesto por la cultura no es más que el carácter represivo y dominante ya impuesto por nuestros más primitivos antecesores que gradualmente se ha ampliado y llegado hasta nuestros días. Ahora, retomaremos una pregunta anteriormente

³³ *Ibíd.* Pág. 72.

³⁴ *Ibíd.* Pág. 82.

formulada: ¿Por qué la cultura exige al hombre la tan difícil renuncia instintual? Para darle respuesta a este interrogante tan relevante debemos adentrarnos en la teoría de los instintos de Freud y en su reformulación. Sólo así se explica la relevancia que tiene para la constitución de la cultura la modificación de los instintos del hombre, modificación que hará del sujeto un yo organizado.

2.3. BAJO EL DOMINIO DE LOS INSTINTOS³⁵.

¿Qué es un instinto? Se conoce como instinto o pulsión a aquellas fuerzas primordiales innatas que buscan ser satisfechas ya sea en un animal o en el hombre. El instinto es una energía, un excitante interno básico que produce un determinado placer cuando se le contesta de forma correcta. Está conformado por cuatro elementos: *la fuente*, es el órgano o parte del cuerpo tensionada que origina la pulsión, recibe el nombre de *zona erógena* para el caso de los instintos sexuales; *el impulso perentorio*, es la carga energética motora que incita al organismo hacia la gratificación; *el objeto*, determinado o no por la naturaleza, es aquello mediante lo cual se alcanza la satisfacción pulsional; por último, *el fin*, que no es más que la descarga como tal de la tensión, esto es, el placer mismo, la satisfacción.

2.3.1. Instintos sexuales e instintos de conservación.

Bien señala Freud que la diversidad de instintos existentes es mucha, pero esa diversidad puede ser reunida y resumida en dos instintos primarios. Propone una primera teoría en la que los instintos son de dos clases: *instintos sexuales e instintos del yo o de conservación*.

Sobre la primera clase de instintos, Freud nos dice que son aquellos que se originan en distintas zonas somáticas (o/y genitales) que tienden a la satisfacción sexual, la energía propia de esta clase de instintos se conoce como libido. El placer se logra reduciendo la tensión de la libido. Este tipo de instintos pueden ser postergables, reprimibles y sublimables debido a que no requieren de satisfacción necesariamente inmediata. Ello hace

³⁵ Antes de 1905 Freud utilizaba el término *Instink* para referirse a instintos. A partir de sus escritos posteriores a la fecha utilizará el término *Trieb* traducido como pulsión. Instinto y pulsión serán empleados pues de forma indistinta.

que su gratificación pueda ser remplazada por otra que esté desvinculada de las fuentes sexuales y vinculada a otro tipo de actividades propias del principio de realidad. Estos instintos, además, pueden lograr “satisfacción” mediante la fantasía o la imaginación.

En contraste con lo anterior, la segunda clase de instintos de la primera teoría freudiana -los de conservación- se caracterizan por demandar la satisfacción imperiosa de las necesidades básicas debido a que éstos sirven a todas las funciones de la autoconservación del organismo. Sin alimento, agua, oxígeno el organismo perecería en un lapso determinado de tiempo, de allí que esta clase de instintos tengan primacía ante los sexuales y no puedan ser postergables, reprimibles, sublimables ni mucho menos reemplazables. Los instintos sexuales se muestran así más adaptables frente a los de conservación.

2.3.2. Eros: el instinto de vida.

Así como Freud amplió su primera tónica sobre el funcionamiento del aparato psíquico humano en una segunda tónica que en vez de anularla le dio complementación y profundización, con la primera teoría de los instintos hizo exactamente lo mismo; sometió la teoría a una revisión en la que se percató que si bien los instintos de conservación y los instintos sexuales tienen rasgos característicos claramente distintos ambos tienden finalmente a una misma cosa, y esta es, servir a los propósitos de la vida garantizando su conservación como tal. Debido a esto, en su segunda teoría de los instintos reúne a los dos anteriores en un solo instinto al que denominó *instinto de vida* o *Eros* (pulsión de amor).

La pulsión de amor juega un papel primordial al estar sobre la base de la formación de la familia. Freud nos dice que es de suponer que la institución de la familia primitiva estuvo vinculada a cierta evolución sufrida por la necesidad de satisfacción genital, de modo tal que para el hombre primitivo los miembros de la misma fueron probablemente sus primeros auxiliares, en especial la mujer, “[...] ésta, en lugar de presentarse como un huésped ocasional que de pronto se instala en casa de uno para no dar por mucho tiempo señales de vida después de su partida, se convirtió, por lo contrario, en un inquilino permanente del individuo³⁶”. Lo anterior sugiere que el individuo en lugar de obtener satisfacción genital con objetos ocasionales convirtió a la mujer en su compañía permanente, ello le garantizó

³⁶ FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Op. cit., 1996. Pág. 3038.

una constante satisfacción de sus impetuosas necesidades libidinales y, a la vez, favoreció a la mujer en cuanto ésta pudo conservar a la prole inerme y satisfacer igualmente sus necesidades sexuales.

El *Eros* se caracteriza por la disposición que hay en el hombre de formar unidades siempre mayores. Su forma más primitiva es el impulso sexual que demanda la satisfacción de las necesidades genitales. Bien señala Freud que la experiencia sexual genital, al ofrecer al hombre un sinnúmero de sensaciones placenteras que vendrían a ocupar el centro de su existencia, se establecería como el modelo de toda felicidad. Dicho prototipo de felicidad, al depender de un objeto amado exterior, conduciría al hombre por un camino peligroso en cuanto éste termina expuesto a padecer muchos sufrimientos cuando el objeto amado dé señales de desprecio, o bien, sea arrebatado por infidelidad o muerte. De lo anterior surge la necesidad de someter la función erótica a modificaciones psíquicas que permiten independizar al hombre de un objeto determinado, transformando el instinto inicial en un *impulso coartado en su fin*, esto es, desviándolo de su fin sexual. Se logra con esto dirigir el amor en igual medida a todos los seres obteniendo relaciones de cariño que logran expandir los vínculos fraternales³⁷ tal cual como la cultura demanda.

No obstante, si bien es cierto que la evolución sufrida del impulso sexual llevó a que se formara la familia como un primer grupo, ya estando el hombre en ella se negó a salir de la misma y expandirse a nuevos vínculos; hay una negativa en él a incorporarse en círculos sociales más vastos y mientras más íntimos sean los vínculos en la familia mayor va a ser su desinterés hacia el mundo exterior y su aislamiento de los demás. Se presenta así un divorcio entre amor y cultura que se manifiesta como un conflicto entre la pequeña esfera familiar y la amplia comunidad social pues, como escribe Freud, “[...] una de las

³⁷ Dice Freud: “la imprecisión con que el lenguaje emplea el término «amor» está, pues, genéticamente justificada. Suélese llamar así a la relación entre el hombre y la mujer que han fundado una familia sobre la base de sus necesidades genitales; pero también se denomina «amor» a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, a pesar de que estos vínculos deben ser considerados como amor de fin inhibido, como cariño. Sucede simplemente que el amor coartado en su fin fue en su origen un amor plenamente sexual, y sigue siéndolo en el inconsciente humano. Ambas tendencias amorosas, la sensual y la de fin inhibido, trascienden los límites de la familia y establecen nuevos vínculos con seres hasta ahora extraños. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el fin inhibido a las «amistades», que tiene valor en la cultura [...]”. *Ibíd.* Pág. 3040.

principales finalidades de la cultura persigue la aglutinación de los hombres en grandes unidades; pero la familia no está dispuesta a renunciar al individuo”³⁸.

Debido a lo anterior, para contrarrestar esa tendencia del hombre y ampliar los círculos sociales, la cultura se vale de prohibiciones que imponen un límite a la tan imperiosa libido del hombre -tales como la prohibición de elegir un objeto amoroso de carácter incestuoso, la proscripción de la vida sexual infantil y la censura de las relaciones amorosas entre personas del mismo sexo- olvidando que todos estos fenómenos hacen parte de la constitución natural del hombre:

Al comenzar por proscribir severamente las manifestaciones de la vida sexual infantil actúa con plena justificación psicológica, pues la contención de los deseos sexuales del adulto no ofrecería perspectiva alguna de éxito sino fuera facilitada por una labor preparatoria en la infancia. En cambio, carece de toda justificación el que la sociedad civilizada aun haya llegado al punto de negar la existencia de estos fenómenos, fácilmente demostrables y hasta llamativos. La elección del objeto queda restringida en el individuo sexualmente maduro al sexo contrario, y la mayor parte de las satisfacciones extragenitales son prohibidas como perversiones. La imposición de una vida sexual idéntica para todos, implícita en estas prohibiciones, pasa por alto las discrepancias que presenta la constitución sexual innata o adquirida de los hombres, privando a muchos de ellos de todo goce sexual y convirtiéndose así en fuente de una grave injusticia. [...] Pero aun el amor genital heterosexual, único que ha escapado a la proscripción, todavía es menoscabado por las restricciones de legitimidad y de la monogamia. La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan sólo como instrumento de reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituido.³⁹

³⁸ *Ibíd.* Pág. 3041.

³⁹ *Ibíd.* Pág. 3042.

2.3.3. El mayor obstáculo con el que se enfrenta la cultura: instinto de muerte.

Continuando con sus especulaciones, Freud dedujo que además de ese instinto que tiende a mantener la sustancia viva y a reproducirla en mayores unidades debía haber otro que presentara características opuestas y trabajara en volver la sustancia viva a su estado inicial de quietud, es decir, a su estado inorgánico. Todo ser vivo muestra, a juicio de Freud, también una disposición a la disgregación, a la disolución de la unidad entre sus diferentes partes para retornar al estado desorganizado y, posteriormente, inanimado. Tenemos finalmente en la segunda teoría freudiana otro gran instinto antagónico al instinto de vida, a saber: el *instinto de muerte* (Tánatos).

Los instintos o pulsiones de muerte pueden actuar externa o internamente. Se observan claramente actuando hacia fuera como instintos de destrucción dirigidos hacia los otros o hacia la naturaleza y actuando hacia adentro como instintos de autodestrucción combinados con el instinto sexual⁴⁰. Freud sostiene que la tendencia agresiva es una disposición innata en el hombre. La naturaleza humana es intrínsecamente propicia a destruir, en ella se arraiga la necesidad de usar la fuerza y la violencia, esto constituye el obstáculo más grande con el que la cultura se debe enfrentar.

⁴⁰ Sobre esta idea Freud dice: "Las manifestaciones del Eros eran notables y bastante conspicuas; bien podía admitirse que el instinto de muerte actuase silenciosamente en lo íntimo del ser vivo, persiguiendo su desintegración; pero esto, naturalmente, no tenía el valor de una demostración. Progresé algo más, aceptando que una parte de este instinto se orienta contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción. De tal manera, el propio instinto de muerte sería puesto al servicio de Eros, pues el ser vivo destruiría algo exterior, animado o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo. Por el contrario, al cesar esta agresión contra el exterior tendría que aumentar por fuerza la autodestrucción, proceso que de todos modos actúa constantemente. [...] ambas clases de instintos raramente [...] aparecen en mutuo aislamiento, sino que se amalgaman entre sí, en proporciones distintas y muy variables, tornándose de tal modo irreconocibles para nosotros. En el sadismo, [...] nos encontraríamos con semejante amalgama particularmente sólida entre el impulso amoroso y el instinto de destrucción; lo mismo sucede con su símil antagónico, el masoquismo, que representa una amalgama de destrucción dirigida hacia dentro y la sexualidad, a través de la cual aquella tendencia destructiva, de otro modo inapreciable, se hace notable o perceptible." Véase: FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3050-3051.

“Hay muchos que creen que los hombres son corderos; hay otros que creen que los hombres son lobos”⁴¹. Freud parece estar del lado de aquellos que creen que el hombre es un lobo, o como diría Hobbes, es un lobo para el hombre (*homo homini lupus*). Si el instinto de muerte no es reprimido los hombres estarían en un estado primitivo de naturaleza, de lucha de todos contra todos; el hombre es impulsivo, hostil y egoísta, para conseguir lo que quiere se vale de la guerra o de cualquier otro medio que le ayude a obtener beneficio propio. Según Hobbes, tres son los factores que caracterizan la condición natural de la humanidad; la competencia -querer ser mejor que los demás-, la desconfianza -ver al otro con enemistad, como un rival- y el afán de gloria -querer obtener reconocimiento del otro-. Si los hombres son dejados en libertad⁴² estarían en un estado de guerra constante, puesto que todos tienen los mismos deseos y todos están dispuestos a darles satisfacción.

La cultura implica relaciones entre un gran número de personas, aspira a reforzar los vínculos de la comunidad mediante los lazos afectivos. Para ello se vale de ideales postulados como el famoso precepto «Amarás al prójimo como a ti mismo». Si nos situamos frente a esta máxima, vemos que, dada la naturaleza del hombre resulta siendo una petición antipsicológica pues ¿Por qué habría de sentir éste amor por un desconocido? ¿Cómo habría de amarse al otro como a uno mismo? El amor es para el hombre, nos dice Freud, algo muypreciado; se ama a quien se lo merezca, a los amigos, familiares, a personas con las que se tiene algo en común, amar al otro del mismo modo en que se ama a un hijo sería desvalorizar mi amor. Las personas extrañas no simplemente no merecen mi amor, sino que están más cerca de merecer mi hostilidad, pues mientras puedan utilizarme lo harán y no vacilarán en denigrarme, ese precepto equivale al precepto también absurdo «Amarás a tus enemigos». El hombre sólo da lo que recibe, nada más. De allí que el precepto fuera más aceptado si dictara «Amarás al prójimo como el prójimo te ame a ti».

⁴¹ Véase: E. Fromm. Op. cit., Pág. 11

⁴² Entiéndase la libertad como la ausencia de impedimentos externos que puedan quitarle al hombre su poder de hacer lo que quiera y dar riendas sueltas a todos sus instintos.

Pero ¿Qué hay detrás de esa máxima que la cultura persigue con tanta insistencia? Detrás de tan grande exigencia hay una búsqueda por aplacar la cuota de agresividad pulsional que tiene el hombre y que le genera, así como el amor, un incontable placer. Veamos:

La verdad oculta tras todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le presenta únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirle, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo.⁴³

Dada la naturaleza hostil del hombre, que está a la espera de ser provocada para liberar sus más grandes tendencias salvajes en contra de su propia especie, la civilización se encuentra con frecuencia al borde de la desintegración. Esta tendencia agresiva en nosotros mismo y en nuestros prójimos -que se evidencia con sólo echar un vistazo atrás, a la historia⁴⁴- hace que la cultura opte por imponer ese tipo de preceptos, pues es el factor capital que perturba las relaciones entre los hombres. Si esta pulsión de muerte no fuese tan desmedida no hubiera habido la necesidad de inhibirla.

Hubo en la historia quienes no adoptaron esta visión, se puede decir pesimista, de la naturaleza humana. Jean-Jacques Rousseau, uno de los más grandes pensadores del siglo XVIII, creía por ejemplo que el hombre en su estado de naturaleza más primitivo no es, como señaló Hobbes «un lobo para el hombre», sino que por el contrario vive en comunión con la naturaleza. No es agresivo, ni egoísta, es más bien pacífico, bondadoso y es en el estadio socio-cultural donde se degradan sus buenas cualidades y su relación biológica

⁴³Véase: FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3046.

⁴⁴“Quien recuerde los horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mogoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, de la conquista de Jerusalén por los píos cruzados y aun las crueldades de la última guerra mundial, tendrá que inclinarse humildemente ante la realidad de esta concepción.” *Ibíd.* Pág. 3046.

sana. Para Rousseau «el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe» y si hubiese permanecido en su estadio natural se habrían evitado guerras y males entre los hombres. De igual modo, los comunistas por su parte pensaron que el hombre sería un ser de bien, con las mejores intenciones hacia sus semejantes sino fuese por el establecimiento de la propiedad privada. Con la instauración de los bienes privados surgió el poderío y el abuso sobre quienes fueron excluidos de los mismos. La hostilidad de la clase dominada hacia la opresora no se dio a esperar, de allí que la abolición de la propiedad privada sería para los comunistas el camino hacia la redención del mal; si los bienes se hacen comunes y las necesidades fuesen satisfechas de igual modo para todos, nadie entablaría relaciones de enemistad hacia los otros. Con referencia a esta idea comunista Freud arguye que el instinto agresivo no es una consecuencia de los bienes privados sino que reinaba libremente cuando la propiedad privada no era gran cosa. El autor reconoce que con la disolución de los bienes privados se despoja a la agresividad del hombre uno de sus fuertes instrumentos pero no el más fuerte, quedarían existiendo aun los privilegios de las relaciones sexuales que son, sin duda alguna, una fuente muy poderosa de la envidia y odio entre los hombres⁴⁵.

Adoptado ya el punto de vista de que la tendencia del hombre hacia la agresividad es una disposición autónoma e innata del mismo y que ello representa el mayor obstáculo con el que se enfrenta la cultura a la hora de establecer amplias relaciones sociales, nos queda ahora por resolver a qué mecanismos recurre la cultura para impedir o eliminar ese impulso de muerte que se le presenta como antagónico, de qué recursos se vale para hacerlo inofensivo y qué consecuencias tiene ello para el individuo.

⁴⁵ Con referencia a esto, Freud nos dice que “si también se aboliera este privilegio, decretando la completa libertad de la vida sexual, suprimiendo, pues la familia, célula germinal de la cultura, entonces, es verdad, sería imposible predecir qué nuevos caminos seguiría la evolución de ésta; pero cualesquiera que ellos fueren, podemos aceptar que las inagotables tendencias intrínsecas de la naturaleza humana tampoco dejarían de seguirlos.”Ibíd. Pág. 3047.

2.4. EL SUPER- YO: MECANISMO DE CONTENCIÓN EN LA CULTURA.

Debido a esa tendencia agresiva original que existe en el hombre, caracterizada por ocasionar las más grandes perturbaciones entre los individuos, la cultura se ve obligada a realizar esfuerzos múltiples para poner barreras a la misma mediante formaciones reactivas psíquicas. El impulso de agresión no es erradicado por la cultura sino que la labor de ésta consiste simplemente en cambiarlo de dirección, esto es, hacerlo actuar no hacia el exterior sino hacia el interior, devolviéndolo al lugar de donde se deriva: la agresividad es introyectada, “[...] dirigida contra el propio *yo*, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de *super-yo* se opone a la parte restante, y asumiendo la función de «conciencia moral», despliega frente al *yo* la misma dura agresividad que el *yo*, de buen agrado, habría satisfecho en individuos extraños”⁴⁶. La cultura finalmente lo que hace es debilitar la inclinación agresiva del hombre haciendo que éste se auto-vigile por esa instancia psíquica especial, alojada desde su infancia, que asimila los mandatos de los padres y que en el curso de su progreso interioriza todo aquello que se le presenta como autoridad, esta es, el *super-yo*.

Recordemos un poco el análisis que hicimos en nuestro anterior capítulo sobre el *super-yo* y su génesis. Bien señalamos que éste surge como resultado del complejo de Edipo cuando el niño, debido al miedo⁴⁷, debe renunciar a la madre como objeto sexual y asimismo renunciar a la hostilidad que siente hacia el padre, puesto que si bien se le presenta como un rival que le impone restricciones, también es de quien recibe protección y amor. El niño se somete finalmente al mando de la figura paterna dado que no hacerlo, es decir, desobedecerla, genera en él una tensión que es calificada por Freud como sentimiento de culpabilidad⁴⁸ o angustia ante la posibilidad de castigo por parte de la autoridad externa. El

⁴⁶Ibíd. Pág. 3053.

⁴⁷Miedo a la pérdida del amor y a la castración.

⁴⁸ El sentimiento de culpabilidad es definido por Freud como aquello que equivale al rigor de la conciencia. Es la percepción que tiene el *yo* de la vigilancia que se le impone, la apreciación que tiene de las tensiones

cambio fundamental en esta situación se da cuando el niño se identifica con el padre e internaliza sus prohibiciones y preceptos de manera tal que el miedo inicial a la autoridad exterior se convierte en un miedo interno que resuelve la situación edípica y erige a la conciencia moral o *super-yo*.

En el *super-yo* se encuentra la génesis del sentimiento de culpabilidad. Ante esta instancia psíquica no se puede ocultar nada. Ello sugiere que entre realizar un acto considerado como malo y tener simplemente la intención o el pensamiento de hacerlo no hay, para la conciencia moral, distinción alguna. De allí que el sentimiento de culpa invada al hombre en cada oportunidad en la que éste desee descargar su agresividad en contra del otro que se le presenta como un obstáculo. Por tanto, se equipara aquí, como afirma Freud, el propósito con la realización y se termina dirigiendo hacia uno mismo la agresión que inicialmente iba destinada hacia el otro⁴⁹.

Pero ¿Cuál es la procedencia de la agresividad o severidad de la conciencia moral? Freud supone que esta agresividad puede ser, por un lado, el resultado o una continuación de la severidad con que actúa la autoridad externa. Pero por otro lado, Freud sugiere que dicha agresividad es el resultado de los propios impulsos agresivos del *yo* que no han podido ser liberados, esto es, el deseo de venganza⁵⁰ contra la autoridad que prohíbe la satisfacción de

entre sus propias tendencias y las exigencias del *super-yo*. Se expresa bajo la forma de necesidad de castigo. Confróntese: FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3061.

⁴⁹Dice Freud: “[...] En esta fase también deja de actuar el temor de ser descubierto y la diferencia entre hacer y querer el mal, pues nada puede ocultarse ante el *super-yo*, ni siquiera los pensamientos. Es cierto que ha desaparecido la gravedad real de la situación, pues la nueva autoridad, el *super-yo*, no tiene a nuestro juicio motivo alguno para maltratar al *yo*, con el cual está íntimamente fundido. Pero la influencia de su génesis, que hace perdurar lo pasado y lo superado, se manifiesta por el hecho de que en el fondo todo queda como era al principio. El *super-yo* tortura al pecaminoso *yo* con las mismas sensaciones de angustia y está al acecho de oportunidades para hacerlo castigar por el mundo exterior.” *Ibíd.* Pág. 3054-3055.

⁵⁰“[...] podemos eliminar tal discrepancia aceptando un origen distinto para esta primera provisión de agresividad del *super-yo*. Este debe haber desarrollado considerables tendencias agresivas contra la autoridad que privara al niño de sus primeras y más importantes satisfacciones, cualquiera que haya sido la especie particular de las renunciaciones instintuales impuestas por aquella autoridad. Bajo el imperio de la necesidad, el niño se vio obligado a renunciar también a esta agresión vengativa, sustrayéndose a una situación económicamente tan difícil, mediante el recurso que le ofrece mecanismos conocidos: incorpora [...] a esa autoridad inaccesible, que entonces se convierte en *super-yo* y se apodera de toda la agresividad

los instintos. Con respecto a la primera concepción que tiene en cuenta la relación con la autoridad externa, Freud nos dice que la severidad del *super-yo* o de la conciencia moral desarrollada en el infante no es el reflejo en modo alguno del trato que ha recibido de su padre, pues un niño educado blandamente puede, no obstante, desarrollar un *super-yo* severo y otro educado con mucho rigor puede generar una conciencia moral un tanto blanda. Sin embargo no se debe, a juicio del autor, exagerar una independencia como tal de esta situación, pues en la formación y desarrollo de la conciencia moral influyen factores constitucionales e influencias del medio⁵¹. La segunda concepción parece adecuarse de mejor forma a la teoría dado que explica la agresividad del *super-yo* en relación con las tendencias pulsionales del psiquismo humano. En todo caso, ambas concepciones están justificadas y en vez de contradecirse coinciden en que la agresividad termina siempre dirigida hacia dentro, desplazada hacia el *yo*.

Ahora bien, ¿Qué relación existe entre el *super-yo*, la pulsión agresiva y el sentimiento de culpabilidad? Dos son las tesis que según Freud pueden explicar el origen del sentimiento de culpabilidad; la primera afirma que este sentimiento surge como consecuencia de agresiones coartadas en su fin, la segunda, que atiende a su origen histórico, anuncia que surge como resultado de una agresión ya realizada. En el primero de los casos el sentimiento tendría su inicio cuando la autoridad con sus imposiciones coarta cierto tipo de satisfacción instintual ocasionando esto que se desarrollen en el *yo* enérgicas tendencias agresivas que están ansiosas de venganza contra esa autoridad inhibidora. La realización de esta agresividad, en el caso del niño y su situación edípica, termina siendo prácticamente imposible, pues ¿cómo habría éste de enfrentarse contra un padre que es más fuerte, al que odia pero que al mismo tiempo ama? Este conflicto entre el deseo de venganza y el temor a perder el amor del protector provoca el sentimiento de culpa que luego direcciona toda esa agresividad que se deseaba descargar en el otro en contra del propio *yo*. En el segundo de los casos el sentimiento de culpabilidad tendría su génesis en el parricidio, al darse el

que el niño gustosamente habría desplegado contra aquella. El *yo* del niño debe acomodarse al triste papel de la autoridad así degradada: del padre. Se trata [...] de una típica situación invertida: «Si yo fuese el padre y tu el niño, yo te trataría mal a ti». Véase: FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3057.

⁵¹Confróntese: *Ibíd.* Pág. 3058.

asesinato del padre déspota por parte de la coalición de los hermanos en la horda primitiva. Luego de cometerse el crimen contra el padre surge el remordimiento en los hijos como consecuencia de la ambivalencia afectiva que había frente a él, pues así como lo odiaban también lo amaban. Una vez realizada la agresión, el odio cedió paso al amor gracias al remordimiento y erigió al *super-yo* dotado de todo el poderío del padre y de todas las restricciones que permitiesen repetir el asesinato. Finalmente, “como la tendencia agresiva contra el padre volvió a agitarse en cada generación sucesiva, también se mantuvo el sentimiento de culpabilidad, fortaleciéndose de nuevo con cada una de las agresiones contenidas y transferidas al *super-yo*”⁵².

En ambos procesos observamos el carácter fatalmente inevitable del sentimiento de culpabilidad, pues él es, como dice Freud, la expresión del conflicto de ambivalencia que se exagera cuando al hombre le toca vivir en comunión con el otro, la expresión de la lucha eterna entre el Eros y el instinto de muerte. Por tanto, si la agresión es coartada o no en su fin (es decir, si se asesina o no al padre) no tiene importancia, pues en ambos casos el sentimiento de culpabilidad existirá inevitablemente, pues ante esa autoridad interior, ante la conciencia moral, no se puede ocultar nada y a pesar de no haberse cumplido la agresión físicamente se consuma finalmente, para el *super-yo*, simbólicamente:

Una vez pretendíamos que el sentimiento de culpabilidad fuera una consecuencia de las agresiones coartadas, mientras que en otro caso, precisamente en su origen histórico, en el parricidio, debía ser resultado de una agresión realizada. Con todo, también logramos superar este obstáculo, pues la instauración de la autoridad interior, del *super-yo*, vino a trastocar radicalmente la situación. [...] la diferencia entre agresión intencionada y realizada perdió toda importancia debido a la omnisapiencia del *super-yo*; ahora, el sentimiento de culpabilidad podría originarse tanto en un acto de violencia efectivamente realizado -cosa que todo el mundo sabe- como también en uno simplemente intencionado -cosa que el psicoanálisis ha descubierto- [...] el conflicto de ambivalencia entre ambos protoinstintos produce el mismo efecto.⁵³

⁵²Ibíd. Pág. 3059.

⁵³Ibíd. Pág. 3062.

Finalmente, es de este modo que la cultura logra dominar las pulsiones agresivas propias de del hombre: haciendo que éste se auto-regule y dirija sus impulsos agresivos en contra de sí mismo a través del *super-yo*. La consecuencia de todo este proceso se evidencia en el malestar o angustia que sufre el *yo* y que desea ser liberada a través de la severidad del *super-yo* bajo la forma de castigo. Mientras más represión haya de la agresividad contra los demás, más fuerte será la conciencia moral del individuo y mayor será el deseo de castigo en contra del propio *yo*. Esto lo evidencian aquellas personas que dan menos libertades a sus instintos y que desarrollan una conciencia moral mucho más severa, pues el impulso que nunca ha sido satisfecho demanda un mayor autocontrol y una mayor vigilancia por parte del *super-yo*, a diferencia del impulso satisfecho que disminuye la presión sobre el *yo* y la exigencia del *super-yo*.

Así como se forma en el hombre esta instancia psíquica especial que contiene los preceptos morales y juega un papel tan relevante en la evolución individual, la comunidad desarrolla también en su evolución cultural una especie de conciencia moral propia⁵⁴. Esta clase de *super-yo* cultural al igual que el *super-yo* del individuo establece rígidos ideales que castigan con la angustia de conciencia a quien opte por violarlos. Las normas propias de la conciencia moral cultural están referidas en su mayoría a las relaciones entre los seres humanos, es decir, a lo que denominamos ética, definida por Freud como un ensayo terapéutico o como un empeño en alcanzar por medio de un mandamiento del *super-yo* lo que la tarea cultural hasta ese momento no había conseguido. En este sentido, el más reciente mandamiento del *super-yo* cultural que ya anteriormente señalamos «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» es el precepto ético que mejor evidencia ese interés por combatir la tendencia de los hombres a agredirse entre sí que le causa tanto obstáculo al progreso cultural. Pero ¿de qué se olvida la conciencia moral cultural cuando pretende el acatamiento de un precepto de este tipo? Dice Freud:

⁵⁴ Esta conciencia moral o *super-yo* cultural se refleja en la cantidad de enseñanzas e ideales que dejaron grandes hombres en su paso por la tierra en una determinada época y que fueron seguidos por miles de hombres de tal manera que sus preceptos se establecieron como normas inquebrantables (Jesucristo, Mahoma, Martin Luther King etc.).

Podemos poner objeciones muy análogas contra las exigencias éticas del *super-yo* cultural. Tampoco este se preocupa bastante por la constitución psíquica del hombre, pues instituye un precepto y no se pregunta si al ser humano le será posible cumplirlo. Acepta, más bien, que al *yo* del hombre le es psicológicamente posible realizar cuanto se le encomiende; el *yo* goza de ilimitada autoridad sobre su *ello*. He aquí un error, pues aun en los seres pretendidamente normales la dominación sobre el *ello* no puede exceder determinados límites⁵⁵.

Lo anterior, sugiere que el *super-yo* cultural se despreocupa de la fuerte energía instintiva que tiene el *ello* y se limita a decretar mandamientos que mientras más difícil sean de obedecerse reconocerán como más meritorios. Esto, ocasiona en el individuo un descontento, una rebelión que le hace infeliz, pues preceptos del tipo «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» sobrepasan los límites de dominio que puede haber sobre la instancia psíquica de mayor envergadura, el *ello*. Ese mandamiento es el rechazo magno de la pulsión de muerte y se muestra, como ya expusimos anteriormente, como la petición más antipsicológica que se le exige al hombre.

Es así como la conciencia moral se conquista a favor de la conservación de la civilización para contener las pulsiones agresivas de los individuos que evitan la consecución del principal propósito de la cultura, este es, expandir los vínculos fraternales. El precio que paga el hombre por el progreso de la civilización termina siendo la infelicidad, el descontento que se produce por tener que reprimir los impulsos que tanto placer le brindan, pues es evidente que los fines perseguidos por el individuo y la comunidad son claramente distintos; el fin del individuo está determinado por el principio de placer, pretende obtener la felicidad pero de un modo egoísta; el objetivo de la comunidad es alcanzar una unidad colectiva y la obtención de la felicidad no puede ser el objetivo primordial pues es justamente la restricción de la felicidad individual lo que posibilita el desarrollo cultural. Esa diferencia de fines es la fuente de los muchos conflictos que hay entre el individuo y la cultura. Aunque el precio que paga el hombre es alto, está, a juicio de Freud, justificado pues ¿Qué otra cosa ocurriría si se deja al hombre dar rienda de todos sus impulsos destructivos que no sea una lucha eterna entre los hombres? En todo caso, los mecanismos

⁵⁵FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3066.

creados por la cultura para hacer control de los impulsos y regular los lazos entre los hombres no dan garantía que entre civilización e individuo pueda mantenerse un equilibrio, pues en muchos casos terminan más bien por generar una neurosis sea individual o colectiva que incrementa la capacidad de destrucción del hombre y con ello se agudiza el malestar y la angustia en la cultura. Nos dice Freud:

Multiplex y variados motivos excluyen de mis propósitos cualquier intento de valoración de la cultura humana. He procurado eludir el prejuicio entusiasta según el cual nuestra cultura es lo más precioso que podríamos poseer o adquirir, y su camino habría de llevarnos indefectiblemente a la cumbre de una insospechada perfección. Por lo menos puedo escuchar sin indignarme la opinión del crítico que, teniendo en cuenta los objetivos perseguidos por los esfuerzos culturales y los recursos que estos aplican, considera obligada la conclusión de que todos estos esfuerzos no valdrían la pena y de que el resultado final sólo podría ser un estado intolerable para el individuo. [...] A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si – y hasta qué punto- el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de auto-destrucción.⁵⁶

⁵⁶FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. Op. cit., 1996. Pág. 3067.

CONCLUSIONES

El recorrido realizado por la segunda teoría freudiana sobre el aparato psíquico humano nos permitió mostrar cómo la conciencia moral tiene su génesis en el proceso de edificación de la personalidad del sujeto, surgiendo como resultado de la disolución del complejo de Edipo. El proceso se inicia en el encierro originario que tiene la psique humana, integrado totalmente por energía proveniente de las pasiones e instintos, denominado por Freud *ello*. Este *ello*, que es el primer estrato de la personalidad, siendo en su totalidad una carga de deseo impetuoso vive en una búsqueda incesante de placer. Con la presencia de la realidad exterior, del otro, ese modo de ser originario de la psique se afecta permitiendo configurar el estrato de la personalidad humana que Freud nombró como el *yo*, parte modificada del *ello* que se aferra al mundo a través de los sentidos y trasmite al *ello* la influencia de la realidad.

El cambio de un estado de satisfacción inmediata del deseo a otro en donde la satisfacción es mediada, crea en el sujeto relaciones de ambivalencias afectivas, expresadas bajo la forma de odio por un lado -pues el otro obliga a postergar la satisfacción inmediata del deseo- pero de amor por el otro -pues finalmente es el otro quien permite la consecución del placer-. En el complejo de Edipo pudimos observar evidencia de esta ambivalencia; el infante odia al padre por robarle el amor de la madre pero al mismo tiempo se identifica con él y lo ama por brindarle protección. La disolución de este complejo ocasionada por desilusiones que el niño va sufriendo, pero en especial por el complejo de castración (el miedo a perder la parte más estimada de su cuerpo) y por el miedo que le da perder el amor de sus padres de quienes depende por completo, crea el tercer estrato de la personalidad, el *super-yo*. Los deseos amorosos de niño al quedar sepultados, reprimidos, no sólo alejaron al *yo* de la situación edípica, sino que generaron al *super-yo* como una formación reactiva en contra del mismo. El *super-yo* surge entonces como heredero del complejo de Edipo en el doble sentido de proceder de él y de reprimirlo, asume la función de conciencia moral interiorizando todos los preceptos, prohibiciones, enseñanzas de los padres y posteriormente de quienes jueguen un papel importante en la vida del sujeto (educadores, políticos, instituciones religiosas etc.).

Para el caso de la niña vimos que el análisis se torna un tanto oscuro, pues los complejos de Edipo y de castración se comportan de modo diferente en relación con el proceso en el niño, de allí que la formación del *super-yo* en el personaje infantil femenino resulta siendo para Freud un misterio.

Después de exponer el proceso psíquico en el que tiene su génesis la conciencia moral nos propusimos indagar sobre el rol de la misma dentro de la teoría de la cultura freudiana. Mostramos que para Freud cultura es la suma de las instituciones y producciones que distancian al hombre de la especie animal, cuyo principal propósito es regular las relaciones entre los mismos. Para que la cultura tenga progreso y pueda alcanzar su principal fin debe darse previamente una represión o cualquier proceso que implique un cambio o control de los instintos, puesto que en la naturaleza del hombre predominan esas dos grandes pulsiones que, como vimos, tanto obstáculo le ponen al desarrollo de la cultura; las de vida y las de muerte. Esta última se presenta como el mayor obstáculo con el que tropieza la cultura, pues la naturaleza humana es intrínsecamente propicia a volver lo animado en inanimado; hay en el hombre una tendencia natural a destruir, en él se arraiga la necesidad de usar la fuerza y esto le genera, al igual que el amor, mucho placer.

La cultura pretende dominar esa peligrosa tendencia del hombre a la agresividad haciendo que éste se auto-regule a través del *super-yo* y dirija contra si mismo toda la agresividad que pretendiese descargar en otros. Establece preceptos, prohibiciones, ideales, normas éticas y hace que el hombre las interiorice de manera tal que se cree en él una conciencia moral tan fuerte que le haga sentir culpable con el simple hecho de desear o pensar hacerle daño al otro. Así, concluimos que el papel de la conciencia moral en la cultura es ser un mecanismo de contención que juzgue y vigile desde adentro las pulsiones del hombre. No obstante, no en todos los hombres se logra un *super-yo* que contenga y dirija la carga de agresividad hacia adentro, pues de qué otro modo se explicaría entonces la tan desmedida violencia que aún existe en muchos lugares del mundo. La conciencia moral no puede ser considerada como un mecanismo que garantice el dominio absoluto de los instintos, pues la energía proveniente de los mismos contiene mayor fuerza y es tan elevada que puede irrumpir en cualquier momento desechando toda moral que haya sido interiorizada; el

hombre, finalmente, nunca se libra por completo de sus instintos pues ellos son una enorme parte su naturaleza intrínseca.

El precio pagado por el progreso de la civilización no es otro que la infelicidad, el malestar del hombre hacia la cultura que le exige reprimir lo que más placer le causa. Si bien por un lado se concluye que los hombres dejados en libertad con sus deseos e instintos hicieran de la vida un lugar de caos irremediable, reconocemos por el otro que las exigencias culturales no dan garantía de que se pueda finalmente mantener un equilibrio entre individuo y sociedad haciendo frente a las perturbaciones emanadas del instinto de agresión y destrucción. La ciencia psicoanalítica termina por colocarnos el compromiso de crear las condiciones sociales que permitan resolver de mejor forma el conflicto eterno entre el instinto de vida y el instinto de muerte.

La nueva imagen de la subjetividad que Freud presentó puede ser valorada como la primera en ofrecer una descripción del desarrollo y origen de la personalidad humana. La visión de un aparato psíquico humano compuesto por varias instancias –especialmente la elaboración de la segunda tópica- pone de manifiesto la nula o escasa visión moderna de la subjetividad. Con los nuevos contenidos mentales descubiertos por Freud se coloca en tela de juicio el paradigma establecido, posibilitando la idea de que no haya únicamente una facultad central o totalizante llamada razón que haga del *yo* una mera *res cogitans* definitiva y universal, sino que más bien existan estratos más profundos que al mantenerse en un constante conflicto hacen que la comprensión de lo que el hombre es y de lo que éste puede hacer individual y colectivamente sea mucho más compleja e interesante.

Con la introducción del *super-yo*, por ejemplo, se despoja a la ética la posibilidad de una expresión parcial, racional y objetiva de sus preceptos, pues al sustraerse la génesis de la conciencia moral a la infancia y, más aun, a una situación de índole sexual como lo es el complejo de Edipo, termina convirtiéndose el universo moral en uno de los asuntos más idiosincráticos y personales del hombre. El valor del aporte filosófico que ha hecho Freud sobre el hombre y su desarrollo psíquico-social reside, finalmente, en sacar a la luz la complejidad de la naturaleza humana, compuesta por una vida anímica tan amplia que no debe ser reducida simplemente a un estado consciente del ser. Es, en definitiva, una invitación al hombre a conocerse a si mismo:

“Adéntrate en ti, desciende a tus estratos más profundos y aprende a conocerte a ti mismo; sólo entonces podrás llegar a comprender por qué puedes enfermar y, acaso también a evitar la enfermedad”⁵⁷.

⁵⁷ S. Freud. “**Una dificultad del psicoanálisis**”. En: S. Freud. Op. cit.,1996. Pág. 2436.

BIBLIOGRAFÍA

- CASAFONT, J.R. **El lector de Sigmund Freud**. Barcelona, Océano. 2001.
- CASTORIADIS, Cornelius. “**Las raíces psíquicas y sociales del odio**”. En: Figuras de lo pensable. Cátedra. 1999.
- FREUD, Sigmund. **Obras completas de Sigmund Freud Tomo VII**. Madrid, Biblioteca Nueva. 2001.
- _____ **Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica**. En: S. Freud. Sigmund Freud -Obras completas Tomo III- Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996.
- _____ **Autobiografía**. En: S. Freud. Obras completas de Sigmund Freud Tomo III(Obra completa 3 volúmenes). Madrid, Biblioteca Nueva. 2001
- _____ **El malestar en la cultura**. En: S. Freud. Sigmund Freud Obras completas Tomo III. Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996. Pág. 3017.
- _____ **El yo y el ello**. Obras completas de Sigmund Freud Tomo VII. Madrid, Biblioteca Nueva. 2001.
- _____ **La disolución del complejo de Edipo**. En: S. Freud. Sigmund Freud -Obras completas Tomo III- Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996. Pág. 2748.
- _____ **Observaciones sobre el inconsciente**. En: Obras completas de Sigmund Freud Tomo VII. Madrid, Biblioteca Nueva. 2001. Pág. 2660.
- _____ **Psicoanálisis y teoría de la libido**. En: S. Freud. Sigmund Freud -Obras completas Tomo III- Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996.
- _____ **Psicología de las masas y análisis del yo**. En: S. Freud. Sigmund Freud -Obras completas Tomo III- Madrid, España. Biblioteca Nueva. 1996.

- FROMM, Erich. **El corazón del hombre: su potencia para el bien y para el mal.** México, Fondo de cultura económica. 1966.
- MARCUSE, Herbert. **Eros y civilización.** Madrid. Sarpe. 1983.
- URRIBARRI, Fernando. **La Psique: Imaginación e Historia. Las Ideas Psicoanalíticas de Cornelius Castoriadis.** Barcelona, Argentina. Zona Erógena. N° 39.1998.
- VALENCIA, Harold. Astrolabio. Revista internacional de filosofía Año 2009. Núm. 9. Buenos Aires, Argentina. ISSN 1699-7549. 231-240 pp.

_____ **Teoría crítica y acción política: de Sigmund Freud a Cornelius Castoriadis.**
Tesis para optar al título de Doctor en filosofía. Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá. Biblioteca digital. 2011.

- VARGAS, J. **Formación de la conciencia moral: referentes conceptuales.** En: Revista Educación y Desarrollo Social. Bogotá, Colombia. Volumen - 3 No 1. Págs. 108-128.